alejará de la misma a los García de los Ríos Arche, y a la que no debió ser ajena la intervención de Benigno Arce, ingeniero de minas santanderino que pasará a controlar desde 1866 la tercera parte del capital de Esperanza de Reinosa(55). Un año antes había redactado un informe en el que afirmaba que la empresa *"se prestaria á vender su magnífico grupo, pues no conociendo el medio ó manera de dar colocacion á tanto carbon como se puede producir [...], tampoco se puede penetrar de toda su importancia"* (56). Pese al momentáneo interés que tal posibilidad parece haber despertado en algunos grupos inversores ingleses, que incluso llegarán a encargar un informe al respecto en 1865(57), lo cierto es que tales iniciativas no llegaron a buen puerto: Esperanza de Reinosa deberá conformarse, a lo largo de las décadas siguientes, con una situación de subordinación respecto de Crédito que no le permitirá aprovechar a fondo las posibilidades abiertas por la inauguración del ramal de Barruelo a Quintanilla de las Torres.

(55) Tal y como puede observarse en el Anejo 4, se trata de una operación cuyo verdadero alcance es probable que tenga que ver con una complicada trama familiar; lo más verosímil, en efecto, es que Benigno Arce estuviese emparentado por matrimonio con los García de los Ríos Quevedo, hermanastros de los anteriores propietarios. Lo cierto es que, fuera de esa constancia documental, no existe ninguna otra mención explícita acerca de un verdadero cambio en el control de la empresa.

(56) Véase B. Arce. *Apuntes sobre la importancia que ofrecería la fabricacion de hierro en las minas de hulla de Orbó, provincia de Palencia*. Santander: Imp. de la "Abeja Montañesa", 1867, p. 17; fechado en 30-III-1865. Arce trataba de demostrar que era posible fabricar hierro en Orbó (a partir de los minerales locales y de los santanderinos) o raíles (a partir de la segunda fusión de chatarra) a unos precios equivalentes a los ingleses a pie de fábrica y, por tanto, inferiores a los de los fabricantes españoles. Por lo demás, argumentaba a favor de la localización de la siderurgia en Orbó –y no en la costa, cerca de los minerales de hierro– considerando que "en esta industria se gastan tres partes de carbon por una de mineral" (p. 6). En lo que se refiere a los criaderos locales de mineral de hierro, y por más que Ramón Pellico hubiese señalado su existencia en 1852 (véase Pellico, *op. cit.,* p. 707), así como, más tarde, Rafael Gracia (véase Gracia, "Memoria...", *op. cit.*, p. 467-468) y José Navarro (véase Navarro, "Memoria...", *op. cit.*, p. 261), lo cierto es que el más próximo a las minas, el de Castrillos del Valle, era "un criadero muy rico en sílice y tan pobre en hierro, que á pesar de la proximidad de las hullas de Barruelo, no ha podido servir de base para negocio alguno siderúrgico, ni pequeño ni grande". R. Oriol y Vidal. *La industria minera en la provincia de Palencia*. Madrid: Est. tip. "Sucesores de Rivadeneyra", 1888, p. 36 (debo la consulta de este texto, absolutamente clave, a la amabilidad y eficacia bibliotecaria de Carmen Tejero). Con ese intento, Esperanza de Reinosa no hacía sino recuperar el viejo proyecto de Collantes Hermanos, que ya en los años cuarenta había registrado pertenencias de hierro "con objeto de establecer hornos para su beneficio" (Cavanillas, *op. cit.*, p. 489); o el un poco posterior de José Caveda (véase J. Caveda. "Sobre las aplicaciones posibles del carbon de piedra de Orbó". *Revista de Agricultura*, 1852; cit. en M. Fernández de Castro. "Notas para un estudio bibliográfico sobre los orígenes y estado actual del Mapa Geológico de España". *Boletín de la Comisión del Mapa Geológico de España*, 1874).

(57) Véase J.A. Phillips. *Informe sobre las minas de Carbon pertenecientes á la Compañía Esperanza de Reinosa de Orbó, situadas en la provincia de Palencia, en España.* Santander: Imp. de la "Abeja Montañesa", 1867; fechado en 8-IX-1865.

II

El secuestro de la comunidad obrera (1864-1886)

Los horizontes abiertos por la inauguración del ramal carbonero, unidos a la reorganización financiera antes indicada, parecen haber enfrentado a Esperanza de Reinosa –igual que a la empresa explotadora de las minas de Barruelo– a todo un conjunto de problemas nuevos, productivos y sociales, que hasta ese momento habían podido ser soslayados. Aspectos tales como la formación y gestión de una comunidad obrera en un medio considerablemente aislado y desprovisto de tradiciones industriales, o como la organización técnica y laboral de los trabajos y de la mano de obra, pasarán ahora a convertirse en el centro de las preocupaciones de la empresa.

Infraestructura técnica y organización del trabajo

Si hasta el momento, y dada la estrechez de los mercados para sus carbones, la empresa Esperanza de Reinosa había podido prescindir de los servicios facultativos en sus menguadas labores, ahora, ante la perspectiva de un mercado accesible, esa función parece habérsele planteado como acuciante necesidad. Desde 1863 contará para atenderla con un excelente ingeniero, Rafael Gracia Cantalapiedra, el cual, hasta entonces, había venido prestando sus servicios en las vecinas explotaciones de Barruelo de Santullán, con los Collantes primero y con Crédito Mobiliario más tarde[1]. Ingeniero de excepcional preparación técnica, Gracia Cantalapiedra será el responsable de la dirección facultativa y, más tarde, cuando en 1864 adquiera participación

(1) Véase *Estadística Minera de España*, 1863, p. 17.

en el capital de la empresa, también de la gerencial, convirtiéndose en el alma de la compañía hasta su muerte, en 1878[2].

En unos pocos años, don Rafael reorganizará *"con arreglo al arte"* el conjunto de labores establecidas sobre las concesiones poseídas por la empresa en los términos de Orbó, Cillamayor y Porquera (433 hectáreas en explotación y 900 más en investigación, al filo de 1873), correspondientes a trece capas de dirección general noroeste-sureste y buzamiento de 50º-60º al nordeste, reunidas en dos grupos que se encontraban separados entre sí por un desnivel de aproximadamente seiscientos metros. El grupo inferior, el de Peragido y San Ignacio, incluía cuatro capas, separadas entre sí por estériles de aproximadamente cuatro metros, mientras que el superior, el de José Manuel, agrupaba a nueve capas separadas entre sí por estériles que podían alcanzar los treinta metros.

Hasta la segunda mitad de los años setenta, cada uno de los grupos era atacado por sendos socavones de dirección, sobre los que, en sentido ascendente, se abrían otras galerías de dirección, que individualizaban pisos separados entre sí por desniveles de entre quince y veinte metros; tales pisos, por su parte, se comunicaban entre sí, cada cinco metros aproximadamente, por coladeros o

(2) E. Maffei. "D. Rafael Gracia Cantalapiedra". *Revista Minera*, 1878, p. 25-26. Gracia Cantalapiedra había nacido en Madrid en 1828, y estudiado en la Escuela de Minas entre 1845 y 1850. Tras un breve período de servicio al frente de unas minas en Cuenca, en donde escribe un trabajo acerca de las salinas de Minglanilla (véase "Salinas de Minglanilla". *Revista Minera*, 1852, p. 609-617 y 641-647), pasará al distrito de Burgos como ayudante de inspección de minas. Será probablemente entonces cuando trabe relación con Antonio Collantes, que en 1854 lo nombrará director de sus minas de Barruelo. Allí escribirá el primer informe riguroso acerca de tales minas (véase "Memoria...", *op. cit.*), será el responsable esencial de la organización facultativa –especialmente en lo que a lavado, coquización y fabricación de aglomerados se refiere– y, al tiempo, de la definición y organización del sistema de gestión de la mano de obra. Pieza clave de este último parece haber sido la creación, en 1854, de una caja de socorros alimentada por descuentos del uno, dos y 2,5 por ciento, respectivamente, de los sueldos y jornales de los empleados, obreros del exterior y obreros del interior, así como de las donaciones graciables de la empresa, destinadas a asistir a aquéllos en caso de accidente y enfermedad, así como a sostener el hospital y la escuela. De hacer caso al muy informado Maffei, tal caja de socorros habría sido la primera existente en la historia de la minería privada española (véanse Maffei, *Apuntes..., op. cit*., I, p. 330; y Maffei, "D. Rafael...", *op. cit*.). Parece haber funcionado sin reglamento escrito hasta el 4 de diciembre de 1861, fecha en la que, vista *"la importancia progresiva de este Establecimiento"*, la sociedad entonces explotadora, Crédito Mobiliario, decide darle forma escrita (véase R. Gracia Cantalapiedra, "Reglamento de la Caja de Socorros de los empleados y obreros de las minas de la Sociedad general de crédito moviliario español en Barruelo de Santullán". *Revista Minera*, 1861, p. 659-663; impreso con el mismo título en Valladolid: Imp. de los Hijos de Rodríguez, 1861). Aparte de su interés erudito, la caja de socorros de Barruelo parece haber constituido, como veremos, el trampolín de despegue de las luchas obreras en la cuenca. Por su parte, Gracia Cantalapiedra morirá por apoplejía el 17 de enero de 1878, no sin antes haber sido socio fundador de la Real Sociedad Geográfica de Madrid y haber sido reconocido como uno de los introductores en España de las máquinas para fabricación de aglomerados y, en el último año de su vida, de los procedimientos de Raoul Pictet para la fabricación del hielo por licuefacción del oxígeno (acerca de lo cual incluso llegará a publicar una obra: *Fabricación del hielo y máquinas para producirle: Apuntes acerca de esta fabricacion*. Madrid, 1877).

Grupo de mineros fotografiados a la entrada del pozo San Ignacio, una de las explotaciones abiertas por la empresa Esperanza de Reinosa en el siglo XIX.

pozos interiores en el sentido del buzamiento de las capas. Unas y otros, galerías horizontales y coladeros subverticales, fragmentaban las capas en macizos que, dada la limitada potencia de éstas, casi siempre inferior a un metro, eran explotados, a pólvora y pico, por labor de testeros.

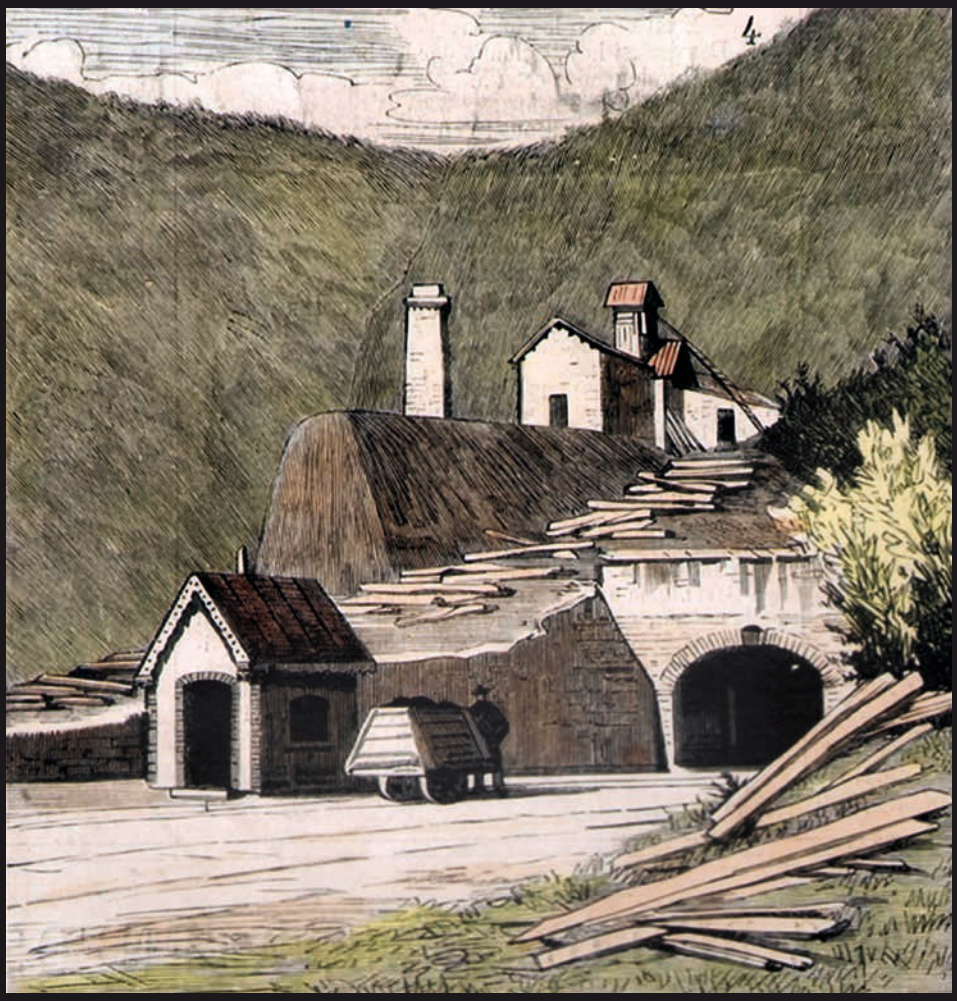
Seguramente consciente de que, ubicados al lado de un poderoso competidor, los carbones de Orbó debían jugar la baza de la calidad, Gracia Cantalapiedra optará por introducir sistemas de clasificación en la fase misma del arranque. Ello se conseguía, en primer lugar, sobre la base de atribuir destinos específicos para los carbones de cada capa, en función de sus peculiares aptitudes desde el punto de vista de la demanda (la capa 5 para gas y coque, la 6 para carbones de forja, la 7 para carbón de rejilla y la 8 para coque de locomotoras); pero también, y sobre todo, a través de la instalación, en los mismos tajos de arranque, de tableros móviles que, unidos a *"una constante y exquisita vigilancia"*, permitían una extracción clasificada de los carbones, hasta el punto de que éstos podían evitar ser lavados en el exterior, donde únicamente sufrían un ligero estrío a mano. De galería en galería, y a través de los coladeros, los carbones alcanzaban las dos principales, con más de cuatro kilómetros de vías,

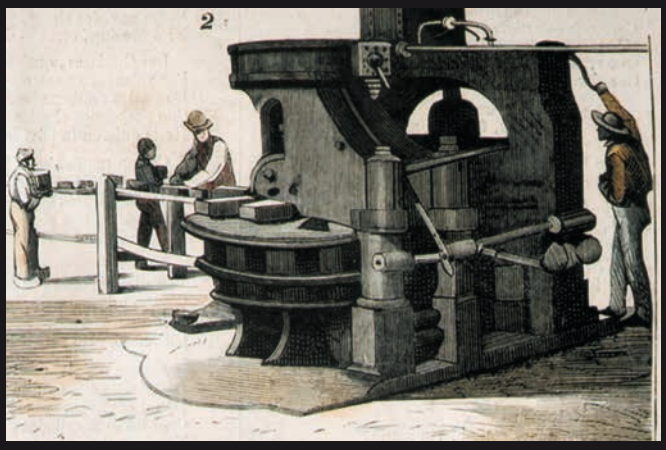
a lo largo de las cuales eran arrastrados en vagonetas empujadas por hombres y muchachos. Una vez en el exterior, y tras ser pesados en una báscula, los carbones eran conducidos por bueyes a través de un ferrocarril de sangre hasta las plazas de los socavones, donde una parte de ellos era almacenada, otra coquizada al aire libre en grandes pilas longitudinales (sistema que, pese a su arcaísmo, parece haber sido el más rentable, dado el carácter graso de las hullas y, sobre todo, el limitado consumo que en la vecindad de Crédito Mobiliario cabía esperar para tales productos) y otra parte, la correspondiente a los menudos (los cuales, dada la gran friabilidad de los carbones de Orbó, alcanzaban proporciones de entre el ochenta y el noventa por ciento de la extracción total), era conducida al taller de aglomeración instalado en 1863. En este taller, previo cribado y mezcla con brea seca en una proporción del siete por ciento, una máquina Mazeline (modificada por Cody) movida al vapor y atendida por unos diez obreros, la transformaba en aglomerados(3). Finalmente, la mayor parte de los productos, que salían por el grupo inferior, eran cargados en carretas de un solo buey y conducidos a través de una carretera construida al efecto, de aproximadamente dos kilómetros, hasta el apartadero de Cillamayor, donde eran embarcados en los vagones de Crédito Mobiliario. Por su parte, los productos extraídos por el grupo superior eran conducidos, de manera similar, hasta Porquera(4).

Tal parece haber sido, en síntesis, la organización técnica y funcional de las labores establecidas por Gracia Cantalapiedra. En sus rasgos esenciales, este sistema se mantendrá hasta su muerte, con la única salvedad de que hacia 1874, y en previsión del inminente agotamiento de los campos explotables por encima del nivel de los valles, don Rafael iniciará la perforación de dos pozos maestros al pie de los socavones del grupo inferior: el pozo Jovita, de 78 metros de profundidad, sobre el socavón de Peragido, y el pozo Rafael, de 113 metros, sobre el socavón de San Ignacio. En su boca, este último

(3) En 1876, únicamente parecen haber existido en España una docena de instalaciones de aglomerado: la de Orbó, tres en Barruelo, tres en Asturias, tres en Madrid y una en Bélmez. Véase *Revista Minera,* 1876, p. 58.

(4) Para todo lo anterior, véanse Arce, *op. cit*, p. 17-18; Phillips, *op. cit,* p. 21-24; R. Oriol y Vidal. *Carbones minerales de España Su importancia, descripción, producción y consumo*. Madrid: Imp. de J.M. Lapuente, 1873, p. 49-51; Bentabol, *op. cit,* p. 362-363; M. Zuaznávar y Arrascaeta. "Establecimiento minero de Orbó". *La Ilustración Española y Americana*, 22-III-1879, p. 203; Oriol y Vidal, *La industria...*, *op. cit.*, p. 30-33; así como *Estadística Minera de España*, 1865-1878. Referida a 1886, debe ser la *Descripción geológico-minera de la cuenca carbonífera de Barruelo y Orbó*, manuscrito redactado por el ingeniero de minas Domingo de Orueta y Duarte a su paso por las minas palentinas, seguramente recién titulado. El manuscrito, que no ha podido ser localizado, figuraba en el *Catálogo de la Biblioteca [de la Escuela Especial de Ingenieros de Minas]*. Madrid: Imp. de Antonio Alonso, 1915.





En la imagen superior, la plaza de la mina con la báscula y la bocamina del pozo San Ignacio. Abajo, máquina de fabricación de aglomerados (M. Zuaznávar y Arrascaeta. "Establecimiento minero de Orbó". La Ilustración Española y Americana, 1879).

Grupo de mineros, entre los que se encuentran Antonio Gómez Fernández y Julián Gómez, junto a las instalaciones mineras de Vallejo. La empresa creó para ellos un completo programa paternalista encaminado a condicionar su pensamiento y sus actividades fuera del ámbito laboral (ABFCR).

única de comunicación con el mundo exterior? He aquí, con ocasión de la información promovida por la Comisión de Reformas Sociales, la *voz suplantada* de la comunidad: *"Consideraría una grave perturbación en el régimen y disciplina del establecimiento el que una Comisión cualquiera viniese a practicarla oyendo á los operarios"* (111). Consciente de ello, y convencido de ser un abanderado del progreso y de la civilización, don Mariano resumía así los resultados de la estrategia patronal: *"Aquí todos viven contentos y felices, trabajando con salud, educando á sus hijos y ahorrando pequeñas sumas para su vejez"* (112). Con una ausencia de cinismo que lo hace merecedor de todo elogio, Ricardo Becerro de Bengoa, por su parte y desde fuera, nos entregaba ingenuamente la clave de aquella *felicidad* cuando, al referirse a las colonias de Barruelo y Vallejo, no dudaba en calificarlas como *"verdaderas comunidades de civilización que trabajan sin cesar"* (113).

(111) *Loc. cit*. Así lo señalaba también Becerro de Bengoa en la memoria provincial: *"Sometidos los trabajadores de las explotaciones mineras de Barruelo y Orbó á la reglamentación y disciplina impuestas por las Sociedades dueñas de las minas, no han podido hacer los informes con que la Comisión deseaba contar". Reformas sociales..., op. cit.*, p. 502.
(112) Zuaznávar, "Informe...", *op. cit*., p. 533.
(113) Becerro de Bengoa, *Una escuela..., op. cit.*, p. 49.

III

Una larga y sombría decadencia (1886-1909)

Por más de un motivo, los años centrales de la década de los ochenta habrán de constituir un umbral extraordinariamente significativo en nuestra historia. Tras veinte años de tozudos y denodados esfuerzos, Esperanza de Reinosa parecía, al fin, encontrarse en el punto más alto de las posibilidades que le autorizaba el difícil contexto mercantil en el que se había visto obligada a desenvolverse. Así que, al filo de 1883, la empresa debió de considerarse en condiciones de presentarse en sociedad por todo lo alto, con ocasión de la Exposición Nacional de Minería, Artes Metalúrgicas, Cerámica, Cristalería y Aguas Minerales celebrada ese mismo año en el madrileño parque del Retiro. Presentaba allí un espectacular pabellón, consistente en la reconstrucción de una galería minera elíptica, iluminada –para darle mayor verismo– por lámparas y candiles y recorrida por un pequeño ferrocarril, propiedad de la Real Compañía Asturiana de Minas. Mayor si cabe debió de ser la alegría de sus propietarios cuando, el 28 de noviembre, el jurado de la exposición le otorgaba una de las ochenta medallas de oro concedidas entre los casi quinientos expositores(1). Por lo demás, unos meses más tarde, en 1884, y con ocasión, como hemos visto, del cuestionario promovido por la Comisión de Reformas Sociales, un orgulloso Zuaznávar presentaba la colonia obrera como un acabado modelo de filantropía y de paternal gestión de la mano de obra. Y todavía un año más tarde, como si se tratase de prolongar en frenesí ese estallido de gloria, la hábil pluma –y el más diestro lápiz– del prestigioso

(1) Véanse *Revista Minera*, 1883, p. 287, 296, 648-652 y 665-669; *La Patria*, 1883-15-V; E. Repullés y Vargas. "La Exposición de Minería". *Revista de la Sociedad Central de Arquitectos*, 1884, p. 131-132; y J. Sierra Álvarez. "Aportación al estudio de las exposiciones industriales: La Exposición Nacional de Minería (Madrid, 1883)" *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 1987, p. 253-266. A partir de ese momento, la mención a la medalla de oro aparecerá ya en el membrete de la empresa (véase al respecto la correspondencia que se encuentra en el Archivo de HUNOSA-Hullera Española).

dibujante Isidro Gil, levantaba acta de aquel prodigio de la técnica que era el canal subterráneo para el transporte de los carbones.

Bien podía, es cierto, sentirse orgullosa la empresa. Completada la infraestructura técnica de las minas y creadas, a través de la colonia, las condiciones para la consumación de aquella esperanza, largamente acariciada, de fijar al pie de las labores a los nómadas e inestables trabajadores (en 1884, Zuaznávar, en efecto, constataba que *"empiezan los hijos mayores á entrar en la mina ó trabajan en el exterior para ayudar a sus padres"*)(2), todo parecía augurar a las minas un brillante porvenir. Y, sin embargo, la movilización publicitaria de esos años no parece haber sido otra cosa que una huida hacia adelante, un canto de cisne, un brillante broche de la edad heroica de Esperanza de Reinosa, atrapada como se encontraba, ya entonces, en casi insalvables problemas internos y externos, financieros y comerciales, que habrían de trocar en el inmediato futuro la épica en drama, y el *allegro* de la etapa anterior, en un prolongado y penoso *andante* que no finalizará hasta el último año de la primera década del novecientos.

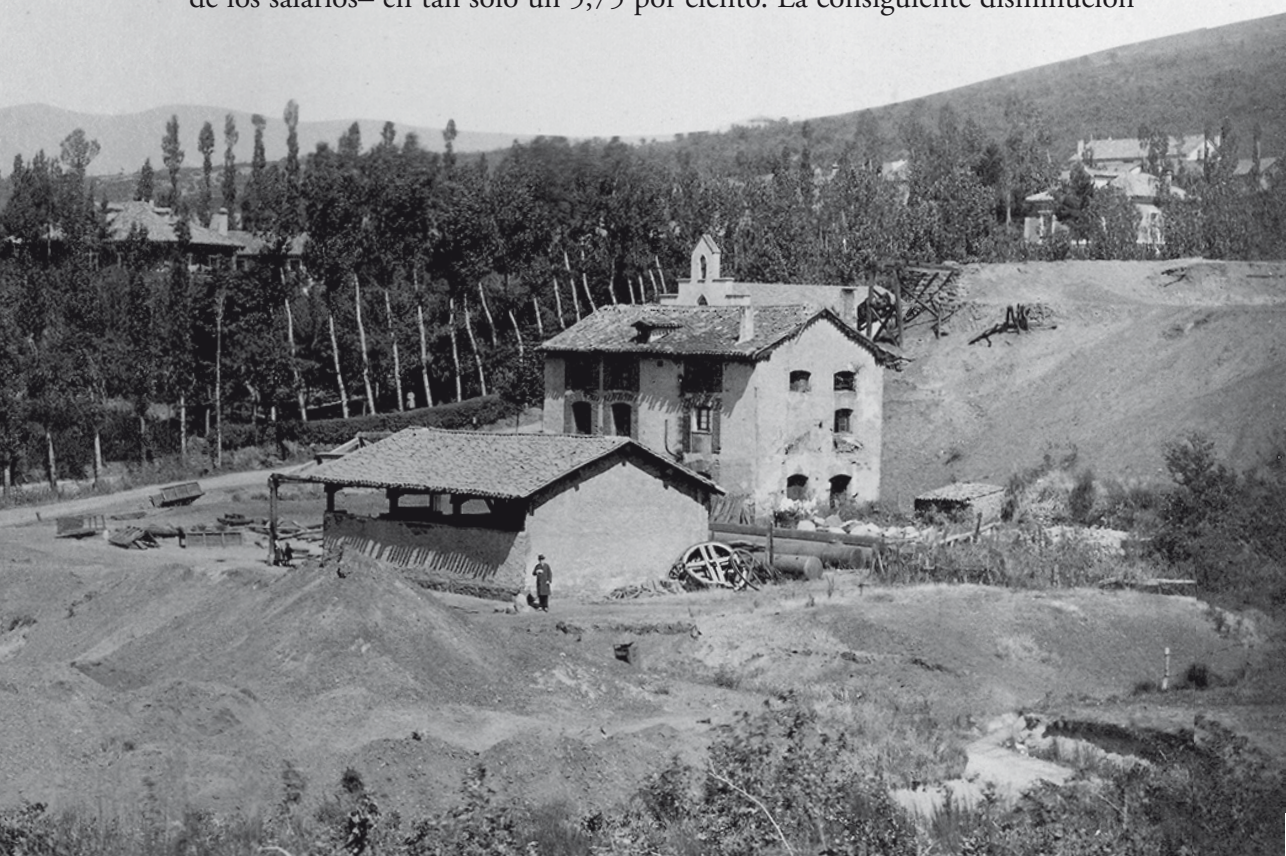
(2) Zuaznávar, "Informe...", *op. cit.* p. 538.

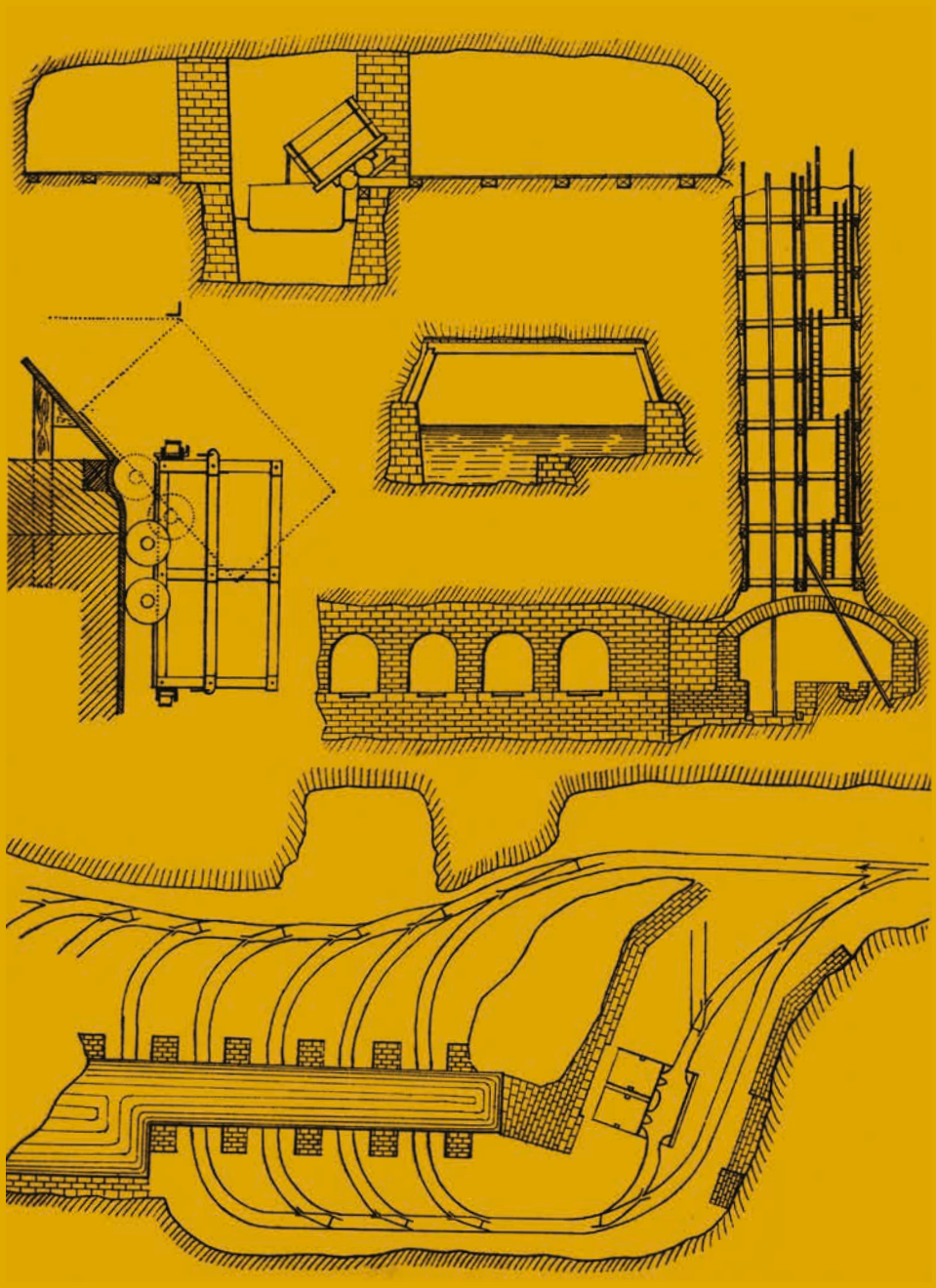
Vista de Vallejo de Orbó tomada por Román Oriol a finales de 1886 o comienzos de 1887 (Foto familia Oriol-ABFCR).

La ampliación de la escala de la competencia

El mismo año de 1884 tuvo lugar la inauguración definitiva del ferrocarril del Noroeste, tras la finalización de los larguísimos y complicados trabajos del tramo de Pajares. Ese simple hecho iba a modificar muy sustancialmente el panorama comercial del mercado castellano de carbones, aquel en el que venía actuando Esperanza de Reinosa y el resto de las empresas carboneras palentinas. No deja de ser paradójico: si el ferrocarril del Norte, veinte años antes, las había despertado a la vida, otro ferrocarril, al favorecer la inundación de sus tradicionales mercados, iba a sumirlas en una larga enfermedad.

A corto plazo, sin embargo, la situación no era alarmante, al menos a juzgar por el muy autorizado diagnóstico que acerca de la coyuntura carbonera en Asturias hacía Francisco Gascue, ingeniero de minas de Duro y Cía. En su opinión, entre 1882 y al menos 1886, la crisis económica general, a través de la contracción de la demanda, procedente ante todo de la siderurgia regional, habría repercutido enérgicamente sobre los carbones asturianos, los cuales, a la sazón, no se encontraban precisamente en su mejor momento: los precios de venta habrían descendido un 21 por ciento entre ambas fechas, mientras que los de coste, por su parte, lo habrían hecho –sobre todo por la vía de la disminución de los salarios– en tan sólo un 5,75 por ciento. La consiguiente disminución





El canal subterráneo en 1891, tras la reforma de Elías Palacios. Planta y sección de los muelles interiores, sección del canal y detalles del sistema de carga de las barcazas. (M. Malo de Molina. Laboreo de minas. Cartagena: Est. tip. de Manuel Ventura, 1889-1891, I.)

Todo este conjunto de reformas, que constituía un intento de racionalización y, sobre todo, de reasignación espacial de funciones en el sistema construido por Zuaznávar, no parece haber sido suficiente –en un contexto, es preciso recordarlo, de incremento de la competencia de los carbones asturianos– para resolver los problemas logísticos planteados por la existencia del canal. De tal modo que, en 1895 –cuando la empresa, con el agua al cuello, debió verse en la obligación de prescindir de los servicios técnicos del ingeniero Joaquín Lubelza, sucesor de Elías Palacios, en beneficio de Marcelino Rodríguez Sampedro, capataz facultativo–, el canal, la niña de los ojos de Zuaznávar, pasaba a mejor vida: tan sólo diez años después de su inauguración, fue desecado y transformado en galería convencional de arrastre por tracción animal(24). Ello hubo de permitir la reutilización de la máquina de vapor locomóvil de la esclusa para suministrar energía a dos máquinas gemelas de aglomerar Th. Dupuy, instaladas en el apeadero de Cillamayor. Al tiempo, Esperanza de Reinosa instalaba 58 hornos Smith de coquización de una puerta, agrupados en cinco macizos(25).

Con todo, el estrechamiento de los mercados de los carbones palentinos(26), especialmente acusado en el caso de los de Orbó(27), unido a unos precios de venta poco competitivos (que en 1897 iban de las 9-12 pesetas por tonelada de menudos hasta las 18-20 en el caso del coque, pasado por las 16-17 de los granados(28), cargados todos en vagón en Cillamayor), constriñeron las producciones de Esperanza de Reinosa a unos niveles en torno a las 15.000 toneladas anuales, las cifras más bajas de su historia y, desde luego, muy por debajo de su capacidad instalada.

En una suerte de huida hacia adelante, la empresa parece haber optado entonces por aumentar aún más aquella capacidad, sin duda con el ánimo de reducir sus precios por la vía de incrementar el volumen de hulla arrancada. Hacerlo equivalía, obviamente, a llevar a cabo nuevas inversiones. Y no eran precisamente ni capitales ni liquidez lo que debían sobrarle a Esperanza de Reinosa. Para acopiarlos, nuestra empresa debió verse obligada, probablemente

(24) Véase *Estadística Minera de España,* 1895, p. 111; y *Revista Minera,* 1895, p. 317.
(25) Véase P.M. Clemencín, J.M. Buitrago. *Adelantos de la siderurgia y de los transportes mineros en el Norte de España*. Madrid: Imp. de San Francisco de Sales, 1900, p. 174 y 160.
(26) *"La producción de hulla en esta provincia durante el año que nos ocupa casi ha descendido al nivel que tenía en 1871, y no se detendrá ahí si la Compañía de los ferrocarriles del Norte de España no abandona el proyecto de surtir sus vías férreas con carbones de otras provincias". Estadística Minera de España*, 1897, p. 117. La falta de salida para sus carbones parece encontrarse también en la base de la paralización de los trabajos en la cuenca de San Cebrián de Mudá. Véase *Estadística Minera de España*, 1895, p. 110.
(27) Al filo de 1900, Orbó parece haber vendido algunas partidas de hulla a la santanderina fábrica de puntas y alambres de Quijano, en Los Corrales de Buelna.
(28) Véase Clemencín, *op. cit.*, p. 147 y 160.

desde mediados de los años noventa, a *"acudir en demanda de crédito a la Casa de Comercio de Barcelona C. López Brú"* [29]. Esperanza de Reinosa caía así, por vía del endeudamiento, en la difusa y oscura órbita de influencia del *grupo Comillas* y, muy especialmente, de Hullera Española, cabeza visible de los negocios del *holding* desde que, en 1892, hubiese sustituido a Minas de Hulla de Aller[30]. ¿A qué si no podía referirse Román Oriol cuando, en 1894, se hacía eco de un rumor, según el cual *"se susurra que toda ella* [la cuenca] *va á pasar á manos de la Sociedad Hullera Española*"? [31].

Lo cierto es que desde 1900, Esperanza de Reinosa orientará sus esfuerzos hacia la preparación de un nuevo campo de labores por debajo del nivel de canal, profundizando en cincuenta metros el pozo Rafael y abriendo una nueva transversal, capaz de poner en comunicación los nuevos tajos con la caldera del pozo[32]. Con exagerado optimismo, el ingeniero-jefe del distrito escribía en 1901: *"De los trabajos de preparación de labores se puede esperar con fundamento que las minas de Orbó volverán á figurar en los años venideros con la misma ó superior producción con que vinieron figurando en las estadísticas anteriores"* [33]. No fue así: las magras producciones de los primeros años del novecientos, inferiores a las 15.000 toneladas anuales, no permiten dudas al respecto. Por lo demás, la utilización de la capacidad instalada parece haber descendido aún más: en 1903, en efecto, 36 de los hornos de coquización permanecieron apagados; al año siguiente, los hornos inactivos eran ya 44, habiendo funcionado el resto durante tan sólo tres semanas; en 1905, eran 37 los que no lo hacían; en 1906, 35; y en 1907, 40. Por su parte, las máquinas de aglomerar sólo funcionaban *"cuando hay reunida una cantidad suficiente de menudos para hacer una campaña"* [34]. Al tiempo, los costes a bocamina, de 14 pesetas por tonelada, frente a las 12-13 de Barruelo, se resistían tenazmente a descender, como consecuencia al parecer de *"lo esmerado del arranque, que*

(29) *Monografía de la minería..., op. cit*., p. 19.
(30) No deja de resultar significativo al respecto que el más arriba citado poder notarial de Esperanza de Reinosa a Pedro Obejero y Pastor, de 1891 –y su copia de 1896–, se haya conservado precisamente *entre los papeles de Comillas* en Barcelona. Por lo demás, ya desde esas fechas, Esperanza de Reinosa formaba parte de la Liga Nacional de los Intereses Hulleros, creada y férreamente controlada por los hombres de Comillas. Sabemos además que en el mismo año de 1894, el propio Marqués de Comillas, acompañado de Santiago López, su hombre de confianza y de dos García de los Ríos, hubo de visitar las minas de Orbó -en donde, por cierto, habría estrenado su filantropía con las familias de los mineros, entre las que parece haber repartido limosnas. Véase *Campóo* (Reinosa), 30-VIII-1894.
(31) R. Oriol. "Las cuencas hulleras castellanas". *Revista Minera*, 1894, p. 116. Debía saberlo por algo más que susurros; no en vano había sido años antes secretario de la dirección de la empresa de Comillas.
(32) Véanse *Estadística Minera de España*, 1900, p. 124; y 1901, p. 131.
(33) *Loc. cit.*
(34) Véase *Estadística Minera de España*, 1903, p. 143; 1904, p. 143; 1905, p. 134 y 135; 1907, p. 437-438.

evita el lavado del carbón más tarde, y también [del] *crecido gasto de conservación de sus labores antiguas"* [35].

Esta conservación parece haber neutralizado la elevada productividad del trabajo alcanzada con anterioridad a la crisis de los años ochenta: de unos rendimientos por obrero y año notablemente superiores, como hemos visto, a las cien toneladas en 1882 y 1883, se habría pasado a otros, ya en la primera década del novecientos, de en torno a las 75 toneladas, muy inferiores a las más de 130 toneladas por obrero y año de, por ejemplo, Asturias, su principal competidor[36]. Ese acusado descenso no era, por lo demás, el resultado de una variación significativa en la distribución de la población empleada entre el interior y el exterior: al filo de 1905 los trabajadores del interior continuaban representando, al igual que antes de la crisis, dos terceras partes del total[37]. Es cierto que tres años más tarde, en 1908, habían descendido hasta un 55 por ciento; pero no es menos cierto que, al tiempo, su composición funcional interna –y ello es lo realmente significativo– evidenciaba una anormal sobrecarga de los trabajos no

(35) Comisión de Estudio de la Riqueza Hullera Nacional. *Información pública efectuada en 1906*. Madrid: Dirección General de Agricultura, Industria y Comercio, 1909, p. 121.
(36) Véase *ibid.*, p. 112 y 113.
(37) Véase *loc. cit.*

En 1900 Esperanza de Reinosa preparó un nuevo campo de labores por debajo del nivel del canal y profundizó cincuenta metros el pozo Rafael. Este esfuerzo, sin embargo, no propició el deseado incremento de la producción (ABFCR).

tivos ocurridos en 1904 y 1905, los mineros de la vecina cuenca de Barruelo, agrupados en torno a un "centro de resistencia", sostuvieron en 1913 durante algunos meses, *"con pocos recursos pecuniarios"*, una huelga motivada por un despido que consideraban injustificado(29). Cuatro años más tarde, y por encima de su notable aislamiento –que, por cierto, cabe suponer que hubo de pesar en la decisión del Marqués de Comillas de instalarse en Palencia–, la totalidad de las cuencas de la provincia, incluida la de Orbó, se sumaban al llamamiento de agosto a la huelga general(30). Al parecer, ni siquiera aquí, en un apartado rincón de la Montaña Palentina, permitía Dios que el Marqués pudiese verse libre de las asechanzas de socialistas y anarquistas.

Henos aquí pues, al filo de la Primera Guerra Mundial, ante la peculiar constelación de circunstancias que acostumbra a encontrarse en la base de toda iniciativa paternalista patronal: un mercado de trabajo corto y poco flexible en un medio predominantemente campesino, exigencias de una

(29) *Estadística Minera de España*, 1913, p. 332. Un detallado estudio de esos tres conflictos, especialmente del último, en *El Pozo Calero…, op. cit.*, p. 59-62.

(30) Véase *Estadística Minera de España*, 1917, p. 399. El desarrollo de los acontecimientos en la cuenca del Rubagón nos es prácticamente desconocido. La prensa regional sólo hace referencias episódicas a *"algunos desórdenes, en los que tomaron parte activa los mineros"* (*El Norte de Castilla*, 19-VIII-1917), al atentado con dinamita al ferrocarril de La Robla a la altura de Cillamayor (23-VIII-1917), a la represión de los sucesos –a cargo de una compañía del Regimiento del Rey, enviada desde Palencia (7 y 19-VIII-1917)– y a la abundancia de detenidos –entre los que, al parecer, destacaban el factor de la estación de Barruelo y Esteban Varona, *"minero de oficio y procedente de Pola de Labiana (Asturias)"* (29-VIII-1917 y 10-IX-1917). Las labores parecen reanudarse definitivamente el 14 de septiembre, no sin que antes las empresas despidieran a algunos "revoltosos" (15-IX-1917).

A la izquierda, un cuartel de ocho viviendas a comienzos de los años veinte. En el centro, el edificio de la escuela de niñas, y a la derecha la vivienda de la maestra (Eugenio Cagigal).

mano de obra cualificada de difícil improvisación y un plausible riesgo de conflictividad obrera. Es en el marco acotado por tales condiciones donde cabe entender la aceleración en la construcción de la colonia que, en nuestro caso, parece producirse a partir de 1917. Es cierto que ya en 1912 se había iniciado la construcción de la escuela y de algunas viviendas para obreros; es cierto también que la iglesia y el economato datan de 1915 y 1916 respectivamente(31). Pero no deja de ser significativo que sea 1917 el año en el que tenga lugar el inicio de la construcción de la mayor parte de las viviendas, así como del hospital y de la farmacia(32). Tres años más tarde, en 1920, la colonia se encontraba virtualmente completa, y Carbonera Española en condiciones de presentarla al público, en una cuidada publicación (además de en una serie de tarjetas postales), como *"una Colonia modelo* [...] *tan perfecta y acabada* [...]

(31) Véanse *Estadística Minera de España*, 1912, p. 364; 1915, p. 327; y 1916, p. 359; y Sociedad Carbonera Española, *Memoria...1917, op. cit*., p. 5, en donde se menciona, además de la construcción del economato, la de *"siete viviendas para obreros de un nuevo tipo más económico que los anteriores y que han tenido aceptación"*.
(32) Véase *Estadística Minera de España*, 1917, p. 399.

que sea admiración de propios y envidia de extraños", capaz de *"competir con las organizadas en el extranjero"* (33).

Tanta rapidez no dejaba de tener una pizca de milagro, al menos a juicio del postulador de la causa de beatificación del Marqués de Comillas, el padre Regatillo, que no dudaba en escribir, treinta años después, que *"como por encanto surgió en aquel desierto un pueblo hermoso, con su magnífica iglesia y sacerdote, con sus escuelas espléndidamente dotadas, con su sanatorio, con todas las modernas instituciones sociales"* (34). Fuera o no milagro, lo cierto es que la febril actividad constructora de esos años (a cargo de maestros de obras catalanes y vascos, contratistas locales y un sinfín de vecinos de los pueblos próximos, que acarreaban carretas y más carretas de piedra y fabricaban montones y más montones de adobes)(35) dio como resultado que las siete casas existentes a comienzo de siglo se trocasen en más de cuarenta, y que las cuatrocientas almas que el pueblo debía de tener en 1910 pasasen a triplicarse diez años más tarde(36).

El espacio social de la colonia

Ello no significaba, no obstante, que la empresa estuviese en condiciones de alojar en viviendas de su propiedad, unas doscientas aproximadamente, a la

(33) *Monografía de la Colonia Obrera de las Minas de Orbó (Palencia)*. Barcelona: Talleres gráficos El Siglo XX, 1920, p. 35 y 4. Obsérvese que el folleto, generosamente ilustrado, fue impreso en los talleres barceloneses de una de las publicaciones sostenidas por el Marqués de Comillas, de cuyas máquinas salían igualmente las memorias anuales de la empresa. Su función explícita, que habla bien a las claras de los afanes ejemplarizantes y de los ribetes de mesianismo que adornaban a la iniciativa, nos es revelada en la introducción: *"La lectura de estas líneas y la contemplación de las múltiples instituciones que integran la Colonia abrirán los ojos de no pocos patronos que hasta el presente descuidaron la formación intelectual y moral de sus obreros y harán comprender también al proletariado que su dicha y felicidad depende más aún que del aumento de salario, del orden, de la cultura y de la moralidad. El ejemplo tiene siempre una virtualidad persuasiva y seductora que en vano se busca en las palabras y discursos; por eso presentamos al público esta reducida Memoria* [...], *no dudando que a la vista de ese modelo muchos patronos cristianos, tan numerosos todavía en nuestra patria, se determinarán a organizar sus fábricas y talleres con el espíritu social y cristiano que resplandece en la Colonia minera de Orbó"* (p. 4-5). La publicación no lleva firma, por más que parezca tratarse de una obra de autor personal (*"el que esto escribe",* p. 34); pero es casi seguro que nos encontramos ante un miembro de la Compañía de Jesús, brazo ejecutivo, en materia de acción social, del episcopado español y, más especialmente, del Marqués de Comillas.

(34) Regatillo, *op. cit.*, p. 86. El bueno del padre Regatillo no debía ser consciente de que al escribir así no hacía sino recrear uno de los más poderosos tópicos –laico en el fondo– de la ascendente burguesía industrial decimonónica: el de la *creación* de un nuevo orden, es decir, de un *nuevo mundo*. Véase al respecto Sierra Álvarez, *El obrero..., op. cit*., p. 106-107.

(35) Juan José Pedrosa, hijo de uno de los contratistas, evocaba aquel trajín de su niñez en el suave atardecer del 12 de agosto de 1987. La referencia a albañiles vascos y catalanes, en carta de Satrústegui a Rubiera, de 14-V-1919, en el Archivo de Hullera Española.

(36) Para los datos de número de edificios destinados a vivienda, véanse *Monografía de la Colonia..., op. cit*., p. 7; y *Nomenclátores* de 1910 y 1920. Véase Anejo 8.

Directivos de Carbonera Española fotografiados en Vallejo de Orbó a comienzos de los años veinte. Entre ellos, en la fila inferior se encuentran el ingeniero jefe, Arturo Zorera, el administrador, Luis Ortiz de Ainsa, el capataz, Baldomero Fernández, y el párroco, Evaristo Relloso. En las filas superiores están el guarda jurado y José Gutiérrez Linares, cajero de Minas (ABFCR).

totalidad de las familias de los obreros que empleaba; pero sí, desde luego, a la inmensa mayoría.

Con la excepción de unas pocas viviendas en Orbó, Cillamayor, El Canal y Casablanca, la abrumadora mayoría de las inversiones de Carbonera Española en materia de vivienda se concentraron en Vallejo, en la colonia al pie de las labores. Ello obedecía, sin duda, a la necesidad de asegurarse un control directo y permanente del uso de las viviendas y, en general, de la vida comunitaria; pero también a la conveniencia de minorar la fatiga derivada de los trayectos laborales de los trabajadores: con anterioridad a la construcción de la nueva colonia, *"el personal obrero tenía que residir en los pueblos del contorno, distante el que menos dos kilómetros y medio y* [...] *luchar la mayor parte del invierno con el clima duro de esta comarca y llegaban al trabajo en malas condiciones"* (37). De ahí (debido a lo que tal situación pudiera estimular al absentismo) que la empresa encargase *"a los técnicos el estudio de viviendas, en punto más cercano a los centros de trabajo"* (38).

(37) *Monografía de la Colonia..., op. cit.*, p. 7-8.
(38) *Ibid.*, p. 10.

En su desarrollo de la población, la empresa minera creó varios conjuntos de viviendas de dos alturas, conocidas popularmente con el nombre de cuarteles (Eugenio Cagigal).

Allí, a la sombra del castillete del pozo de subida y bajada de los trabajadores, se desplegaba la colonia. En ella estaba representado –como, por lo demás, era habitual en promociones del mismo estilo– la totalidad del espectro social y profesional que se reunía en torno a las minas, desde las familias de obreros y empleados hasta el director y subdirector, pasando por el médico, el farmacéutico, la maestra de niñas, los Hermanos Maristas (encargados de la escuela de niños y, como veremos, pieza esencial en la vida comunitaria), el capellán, etc. De su convivencia cotidiana sobre un mismo espacio esperaba la empresa una dulcificación de las relaciones laborales y, tal vez, una incesante permeabilidad entre las relaciones jerárquicas establecidas en el trabajo y aquellas otras anudadas fuera de él, en el espacio de vida[39]. Esa reunión, sin embargo, no equivalía

(39) Esa permeabilidad, uno de los rasgos más característicos de los poblados paternalistas, ha sido señalada en la mayor parte de la bibliografía especializada. Para una formulación genérica y temprana acerca de

en modo alguno a una agregación indiferenciada. Más bien al contrario: a través de la atribución de diversas tipologías residenciales, y a través también de la ubicación programada de tales tipologías, el corto espacio de la colonia debió funcionar como un poderoso mecanismo segregador y, con ello, generador de un registro único de expectativas de promoción social(40).

Ese registro es el que, tipológicamente hablando, se expresa en el *continuum* entre el hábitat colectivo y el hábitat individualizado, entre el cuartel y la vivienda unifamiliar con parcela adosada(41). Debió ser con arreglo a tal secuencia como se organizó la estructura socio-habitacional del conjunto de la población de la colonia, sancionando así su propio escalonamiento laboral. En uno de los extremos de ese registro, el cuartel propiamente dicho constituía el paradigma del alojamiento obrero. Constaba de dos plantas, separadas entre sí por bovedillas –*"con lo cual se han evitado muchas cuestiones entre vecinos"*–(42) y exteriormente enlazadas por una escalera, adosada al muro lateral, que daba

A medio camino entre el alojamiento colectivo y el individual se encontraban las viviendas adosadas de una planta, compuestas de cocina y tres habitaciones (Monografía de la Colonia Obrera ...).

esa *"fusión del medio ambiente de trabajo con el medio extraprofesional"*, véase J. Remy, L. Voyé. *La ciudad y la urbanización*. Madrid: Instituto de Estudios de Administración Local, 1975, p. 99.

(40) Véase B. Mañanes Bedia, E. Martín Latorre, J. Sierra Álvarez. "Una aportación al estudio histórico-tipológico de la vivienda obrera en España: El caso de Vallejo de Orbó (Palencia)", en *Primeras Jornadas Ibéricas del Patrimonio Industrial y de la Obra Pública*. Sevilla: Junta de Andalucía, 1994, p. 201-207.

(41) Tal es precisamente la tipología que manifestaba la propia empresa: casas aisladas, cuarteles de una planta y cuarteles de dos plantas. Véase *Monografía de la Colonia..., op. cit.*, p. 10.

(42) *Loc. cit.*

subsistencias–[158], hablan bien a las claras del significado último de la política social practicada por nuestra empresa en sus minas. Como gustaban de afirmar los reformadores sociales de la época, allí, en Vallejo, la filantropía marchaba de la mano del interés bien entendido.

(158) Véase, por ejemplo, Roldán, *op. cit.*, I, p. 127 ss.

V

La quiebra de una utopía
(1928-1936)

Explotación férreamente patronal en el trabajo y asistencia religiosamente paternal fuera de él: he aquí las dos posiciones extremas del péndulo entre las cuales se desplegaba, en un solo movimiento, la existencia toda de la comunidad trabajadora de Vallejo. Ambos delimitan, en su mutuo reflejarse, una modalidad de poder recorrida de arriba a abajo por flujos de autoridad que gustaban de presentarse –y tal vez de creerse– como lazos de afecto. Una verdadera utopía, tal y como acierta a recordarla Ruiz Medrano: *"Alguien dijo en una ocasión que en Vallejo, como en Jauja, corrían arroyos de miel y leche. Esa persona no dijo ninguna tontería, sino más bien lo que fue una realidad en los años de 1910 a 1928, en la época de Carbonera Española"* (1). Como en todas las construcciones paternalistas, también en ésta la utopía buscaba afanosamente su fundamento funcional en el modelo de la familia cristiana: *"En Orbó* –escribía la empresa– *se ha comprendido mejor que en otras colonias uno de los principios fundamentales de la sociología cristiana, a saber: que el primer deber de los patronos es el de considerar a sus obreros como asociados; la colonia obrera, informada del espíritu cristiano, debe ser la prolongación de la familia patronal, y los amos, verdaderos padres de sus obreros"* (2).

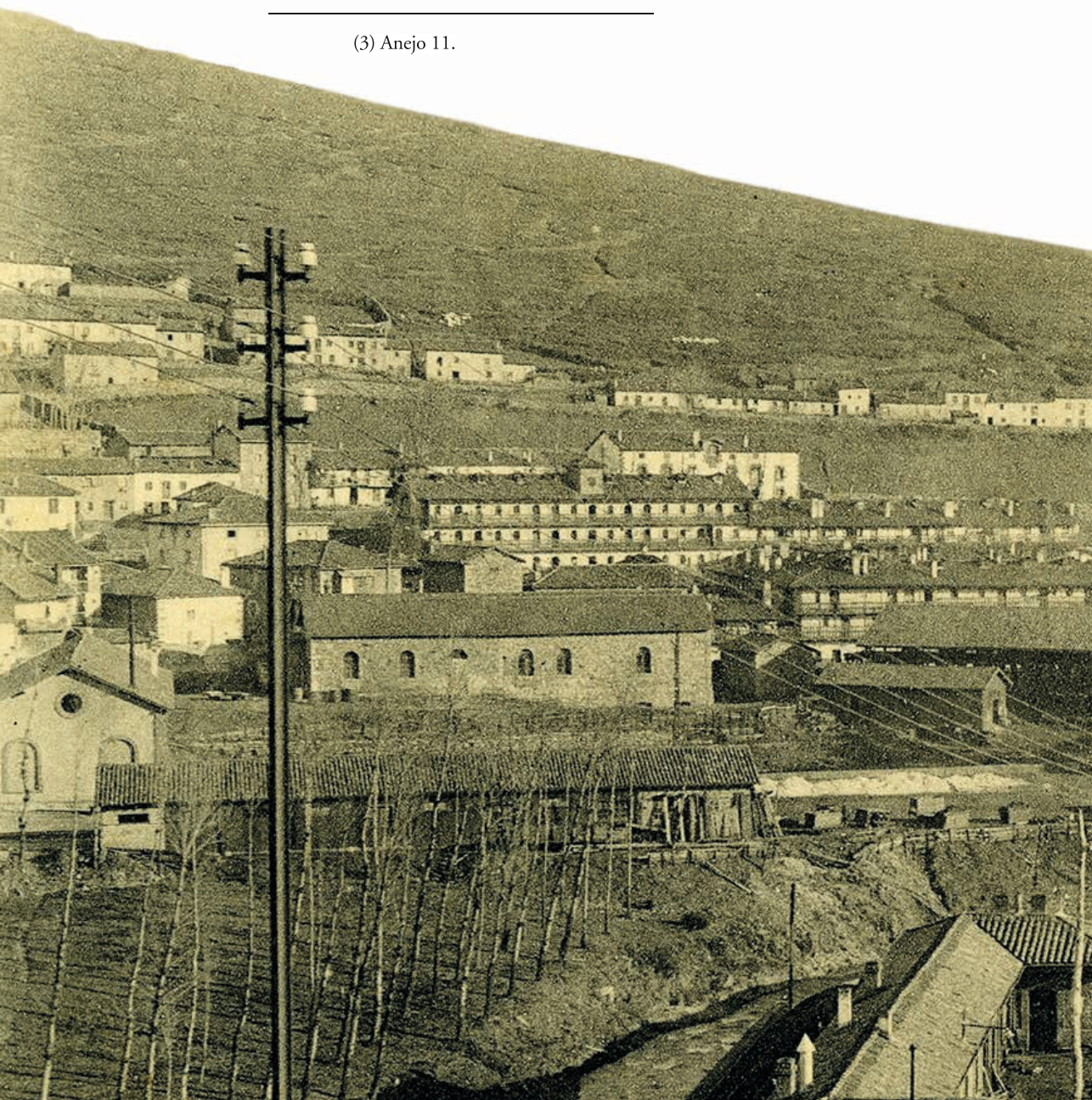
Aquella utopía, esta familia armaba, según se ha visto, sobre una pirámide fuertemente jerarquizada que, en el trabajo, descansaba sobre los capataces y se prolongaba a través de los ingenieros –subdirector y director– y, fuera de él, se iniciaba en los guardas jurados y continuaba a través de los Hermanos Maristas y el capellán. Las dos series, la laboral y la extralaboral, se reunían finalmente en la

---

(1) Anejo 11. Vale la pena llamar aquí la atención acerca de la feliz coincidencia en el discurso de Ruiz Medrano de tres de los registros que caracterizan a toda utopía: la coherencia interna –*"la unidad era perfecta* [...]; *era un bloque, era un bloque unido perfectamente"*–, la perfección –*"una organización se puede decir perfecta, una convivencia perfecta"*– y la aguda percepción de la alteridad respecto del exterior –*"nosotros teníamos algo que es que no tenía nadie, en España nadie"*.
(2) *Monografía de la Colonia..., op. cit.*, p. 35.

solitaria e inalcanzable figura del presidente de la sociedad, del mismísimo Marqués de Comillas, real patrón y emblemático padre de la gran familia empresarial. Nada mejor que las arrebatadas palabras de Ruiz Medrano para evocar aquella cima disciplinaria: *"Era este señor, ya con años, una figura majestuosa: alto, delgado, con perilla blanca y vestido de negro, apoyado en un bastón. Hablaba con voz baja, dulce: más que como presidente de aquella colonia obrera, como padre amoroso de tantos niños como dependíamos de su generoso altruismo"* (3).

(3) Anejo 11.

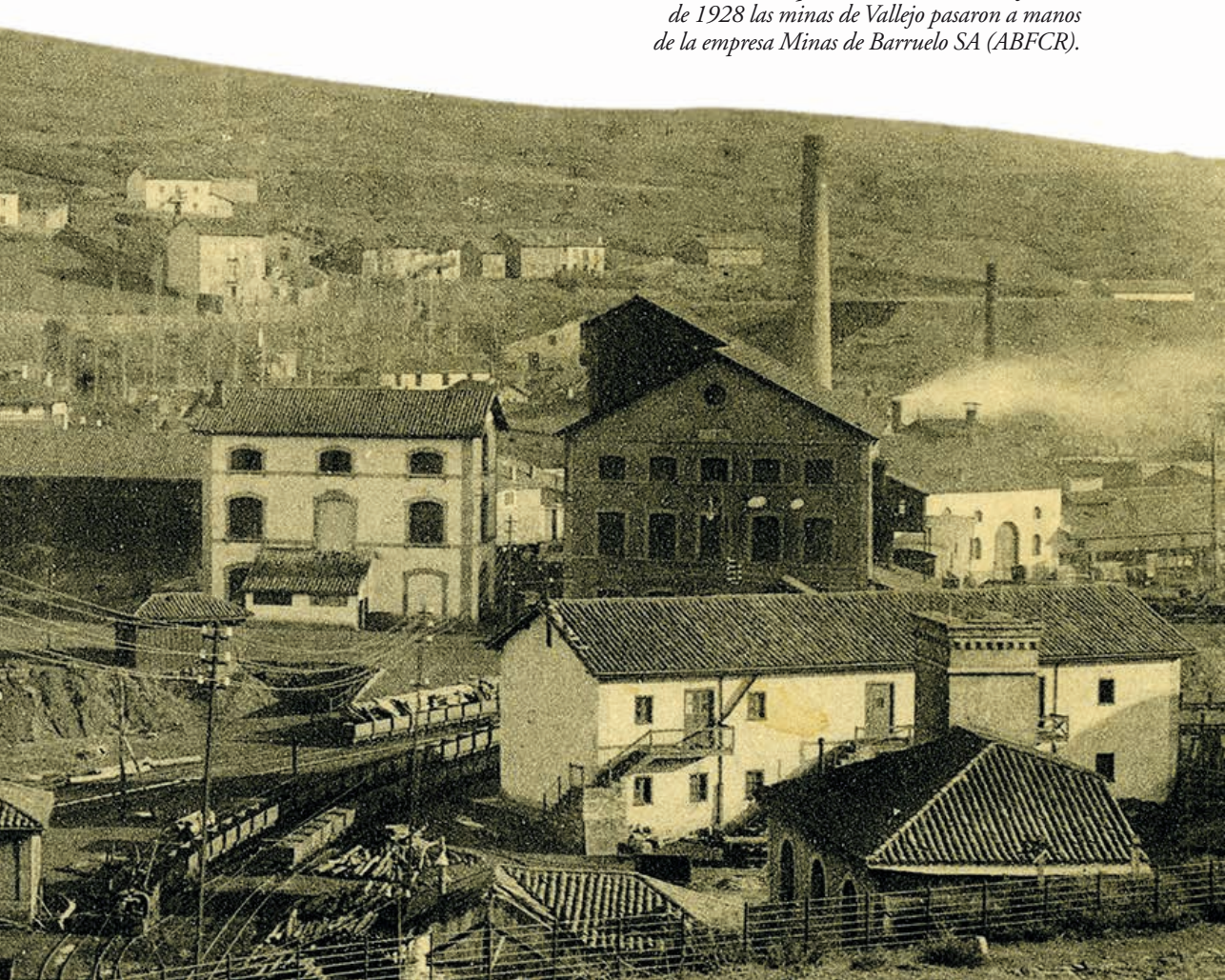


La muerte del padre

Pero hasta los padres se mueren. En la mañana del 18 de abril de 1925, a sus 72 años, Claudio López Brú pasaba a mejor vida. Se iniciaba entonces el desmoronamiento del modelo de gestión amorosamente diseñado y construido por él en sus minas de Vallejo. Es cierto que durante unos años, su sucesor en la presidencia de la empresa, Santiago López y Díaz de Quijano, gerente de Carbonera Española y hombre fuerte del *grupo Comillas*[4], asegurará en lo posible la continuidad de los registros que habían orientado la gestión de la colonia y de la comunidad trabajadora. Pero no es menos cierto que el 1 de febrero de 1928, y por razones difíciles de adivinar (desde 1925 la empresa se había embarcado en un amplio plan de mejoras técnicas

(4) Véase *Revista Minera*, 1925, p. 412.

Tras la muerte del marqués de Comillas, el 1 de febrero de 1928 las minas de Vallejo pasaron a manos de la empresa Minas de Barruelo SA (ABFCR).



tendentes a la puesta en explotación de nuevos campos de labor, mediante la profundización del pozo principal)[5], el sobrino y heredero del Marqués de Comillas, Juan Antonio Güell y López, traspasará las minas y la colonia de Vallejo a Minas de Barruelo, S.A., empresa filial que la Compañía del Norte había creado en 1922 a fin de separar y racionalizar la gestión de sus negocios carboneros y ferroviarios[6]. A partir de ese momento, las minas de Vallejo, integradas como Sección de Orbó en Minas de Barruelo, verán soldado su destino al de éstas.

Tal cambio de titularidad parece haberse visto acompañado de un significativo cambio de talante en la gestión de las relaciones laborales y, sobre todo, extralaborales. Así al menos parece haber sido percibido desde el interior de la propia comunidad: *"Enseguida se va notando que las minas han cambiado de dueño* [...]; *desaparecieron varias concepciones que tenían los obreros de Vallejo"*, informa escuetamente López Abad[7]. Por su parte, Ruiz Medrano, en un golpe de dolor poco menos que filial, escribe: *"La organización de la colonia cambió de la noche al día* [...]. *Se desmoronó completamente, sí; porque quien aglutinaba todo esto era el Marqués de Comillas. El trauma del traspaso de la colonia a Minas de Barruelo se dejó sentir: nos faltaba el apoyo moral y económico de nuestro Marqués de Comillas* [...]. *Aquella alegría natural que había antes, dejó paso a otra que era una mueca ridícula.* [...] *La gente tenía miedo: había pasado de un mar bonancible y cielo siempre azulado, a un mar turbulento y encrespado, con un cielo totalmente plomizo"*[8]. Desde fuera de la colonia, también el padre Nevares parece haber percibido el alcance del traspaso: *"Al cambio de dirección, cambiaron las instituciones sociales y las normas religiosas"*[9].

Algunos indicios permiten evocar aquel trauma. En un indudable intento de limitar el casi permanente déficit del economato, la nueva empresa debió apresurarse a equiparar los precios de los artículos con los que regían en el economato de Barruelo[10]. Por su parte, la caja de socorros, privada también del apoyo financiero patronal, parece haberse visto obligada a reducir sus prestaciones: al filo de 1933,

(5) Véanse *Estadística Minera de España,* 1925, p. 614; 1926, p. 554; 1927, p. 551; y *Proyecto de ampliación de las instalaciones de las minas de hulla de la Sociedad Anónima Carbonera Española, sitas en Vallejo de Orbó, territorio municipal de Brañosera, provincia de Palencia,* 17-XII-1927 (documento amablemente facilitado por Emiliano López Abad).
(6) Véase Cabello Rodríguez, *op. cit.* La transacción se llevó a cabo por siete millones de pesetas. Véase *Monografía de la minería..., op. cit.*, p. 19. Minas de Barruelo se había constituido en Madrid el 19 de enero de 1922, en torno a un capital de diez millones de pesetas y un consejo de administración formado por Trinitario Ruiz Valariano, Luis Olanda, Eduardo Garre, Julio Barbey y José María Escoriaza. Véase *Revista Minera*, 1922, p. 33.
(7) Anejo 10.
(8) Anejo 11.
(9) Nevares, *op. cit.*, p. 227.
(10) Véase Anejo 10.

en efecto, los representantes obreros de la junta de gestión debieron verse en dificultades para explicar a sus representados la necesidad de reducir la pensión en caso de enfermedad desde un 40 hasta un 35 por ciento(11), lo cual significaba que, ya con anterioridad a esa fecha, el monto de las pensiones había descendido entre diez y veinte puntos respecto del período anterior(12). En lo que hace a la gestión del parque residencial de la colonia, la nueva empresa parece haber considerado conveniente cobrar aparte el gasto doméstico de luz, que con anterioridad aparecía incluido en el alquiler de la vivienda, y reducir el cupo gratuito de carbón para las cocinas(13). Por lo demás, la nueva empresa debió mantener unos criterios de asignación de las viviendas muy similares en su arbitrariedad a los que viniera practicando Carbonera Española: *"No me negarán estos señores* [de la empresa] –escribía en 1933 José Fernández Menaza– *que la distribución de viviendas, más que la necesidad, se mira la posición del individuo que va a ocuparlas"* (14). Finalmente, en la escuela, al menos en la de niños, la situación parece haberse deteriorado de manera similar: como recuerda Ruiz Medrano, *"en el Colegio, a partir del curso 1928-1929* [...], *tuvimos ya que pagar aquellos elementos que se habían agotado, tales como cuadernos para caligrafía y dictados, libretas para cuentas y problemas de matemáticas, lapiceros, plumas y gomas de borrar"* (15); en caso contrario, los niños eran expulsados de la escuela por los Hermanos Maristas(16).

Todo ello, todos esos apuntes parecen sugerir, por encima de su fragmentariedad, un cierto distanciamiento de la nueva empresa respecto del prístino

(11) La invocación a los negativos efectos de la "última epidemia" sobre las finanzas de la caja no parece haber evitado que en la última junta general extraordinaria de la sección sindical de Orbó, el 11 de marzo, se alzasen voces pidiendo su dimisión. *Vida Social*, 26-III-1933. *Vida Social*, subtitulado *"Órgano de las Asociaciones de la provincia de Palencia adheridas a la U.G.T. y al P.S."* –y, a partir del número 42, de agosto de 1934, "Periódico socialista"– había iniciado su publicación quincenal el 29 de enero de 1933. Su dirección y administración se encontraba en la Casa del Pueblo de Barruelo de Santullán, donde igualmente era impreso (Imp. Uriscar-Aldaca). De acuerdo con sus propias informaciones, la tirada inicial era de 1.200 ejemplares; a comienzos de 1934, de 1.700 (*"Al cumplirse el primer aniversario de Vida Social"*, nº 28, 14-I-1934); y a partir de julio de 1934, de *"varios miles"*, lo que *"sobrepasa hoy a la de los dos periódicos burgueses de la capital juntos"* (*"Los progresos de nuestra prensa"*, nº 40, 8-VIII-1934). Constaba de cuatro páginas, salvo en el período comprendido entre el número 30, de 18 de febrero de 1934, y el número 40, de 8 de julio del mismo año, en que tuvo seis.

(12) Recuérdese que, en el período de Carbonera Española, las pensiones variaban entre un cincuenta y un sesenta por ciento del jornal, de acuerdo con la antigüedad.

(13) Véase Anejo 11.

(14) *Vida Social*, 13-VIII-1933. En ese mismo artículo aparece una referencia al grave hacinamiento que, al parecer, aquejaba a la colonia: se daba el caso *"en algunas familias, de tener que esperar a que se duerman los menores para poder entrar en el lecho los mayores y en los meses de verano, tener que hacer imaginaria los padres durante ciertas horas de la noche"*. Fernández Menaza, natural de Vallejo, era alcalde de Brañosera antes de la Guerra Civil.

(15) Anejo 11.

(16) Véase *Vida Social,* 28-I-1934.

paternalismo que su predecesora había venido practicando desde casi veinte años antes. Más allá del providencialismo de ésta y de la diferente estructura de gestión de una y otra, cabe aventurar que tal inflexión estratégica debió tener no poco que ver con el importante cambio de contexto que hubieron de suponer los años treinta, con una generalizada conflictividad social y política, de un lado, y de otro, con la depresiva evolución de su economía. Si la primera, con el nuevo y explosivo despertar del sindicalismo y el final de la dictadura, obstaculizaba grandemente la continuidad de las prácticas paternalistas, la recesiva coyuntura económica parece haberlas convertido en poco menos que innecesarias. Baste señalar, por ejemplo, que la crónica escasez de brazos de épocas anteriores –que, como hemos tenido ocasión de señalar, planteaba con urgencia la necesidad de atraer y estabilizar trabajadores al pie de las labores– parece haber perdido buena parte de su acuidad desde el momento en que los efectos de la crisis económica general comenzaron a dejarse sentir en los mercados carboneros. Y ello hasta el punto de trocarse en sobreabundancia de mano de obra: en enero de 1933 Minas de Barruelo anunciaba para marzo del mismo año el despido de doscientos trabajadores de las minas de Barruelo y Vallejo(17). En tales condiciones, difícilmente se justificaba la continuidad de las inversiones en el ámbito de la reproducción de la fuerza de trabajo.

Con ello, con esa relativa dejación, con el paso a un segundo plano de las intervenciones patronales sobre el espacio de vida y no-trabajo de la mano de obra, el mundo del trabajo debió comenzar a dibujarse, a los ojos de la comunidad, con unos tintes nuevos, más rígidos y netos. Todo parece haber ocurrido como si al desvanecerse los oropeles paternalistas, las relaciones específicamente laborales, situadas ahora en el primer plano de la vida cotidiana, se revelaran a los ojos de los trabajadores en toda su despótica y, en el fondo, nunca desmentida desnudez. En tales términos parece haber sido habitado el cambio sobrevenido en la dirección técnica de las minas. Oigamos si no, a Ruiz Medrano: *"Aquel ingeniero-director, Don Arturo Zoreda, cedió su puesto a otro llamado Julio Muñiz, que procedía de Mieres y se creyó que allí la empresa era una empresa más de Asturias, y estaba confundido. Era un tipejo. Empezó su dirección con medidas drásticas, entre las cuales había unos castigos que suponían muchas veces de ocho a quince días de suspensión de empleo y sueldo. Había constantemente papeles de este tipo, firmados por él y puestos en la puerta de la cooperativa, del casino y de la oficina.* [...] *Este pueblo, siempre respetuoso con sus autoridades, le negó el saludo en la calle"*(18). La disciplina, en efecto, parece haberse

(17) Véase *Vida Social,* 28-II-1933.
(18) Anejo 11.

Mineros de Vallejo de Orbó fotografiados junto al complejo industrial de la localidad (ABFCR).

todas esas circunstancias, puede llegar a ser la colonia modelo soñada por el Marqués de Comillas, el ejemplo más acabado dentro de su ideal propuesta de ámbito económico y social.

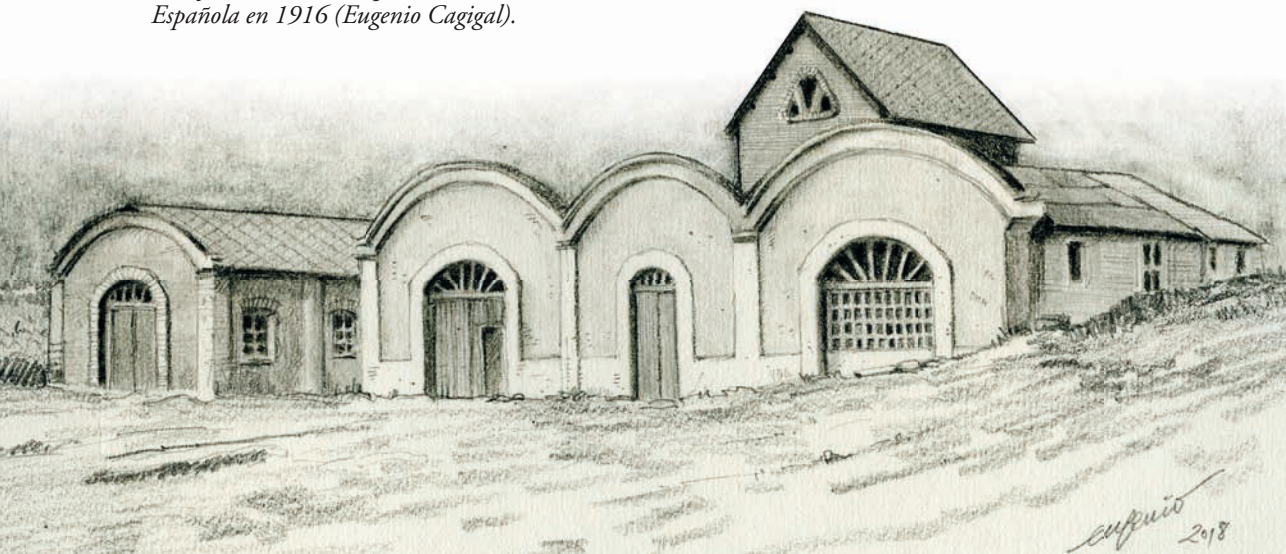
NUEVAS INSTALACIONES INDUSTRIALES

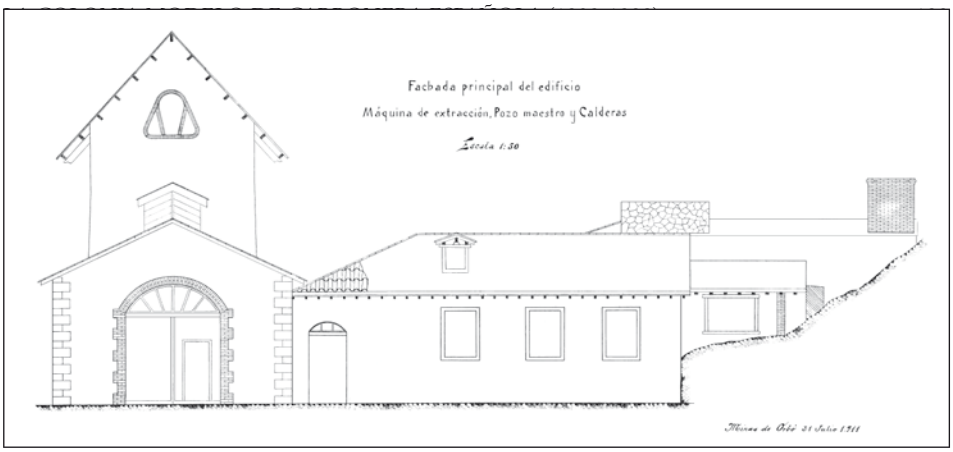
Como se ha señalado, el primer objetivo de Carbonera Española al hacerse cargo de las minas es conseguir su modernización y el aumento de la producción. Para ello afronta la creación de algunas instalaciones y la reforma de otras ya existentes. En este apartado destacan las sucesivas profundizaciones del pozo Rafael para la explotación de nuevos campos de labor, la construcción de un moderno lavadero y la puesta en marcha de una central eléctrica de carbón, sustituida poco después por una subcentral de transformación gracias al suministro aportado por la sociedad Electra de Viesgo.

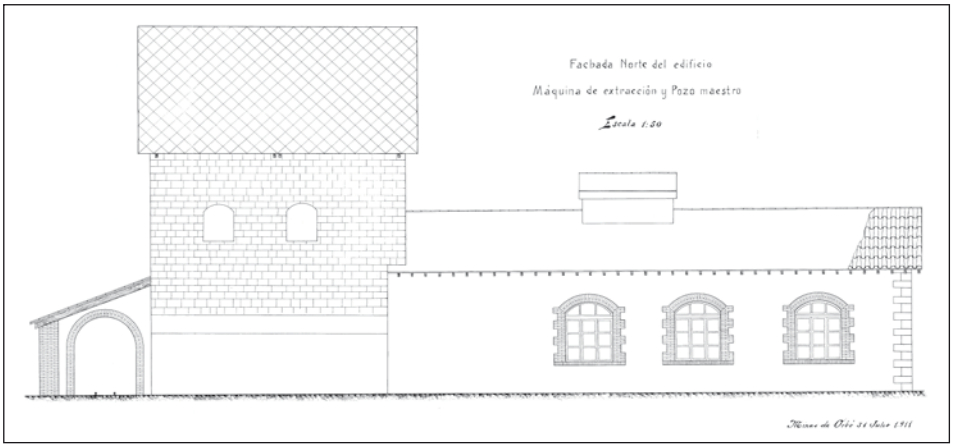
Pozo Rafael

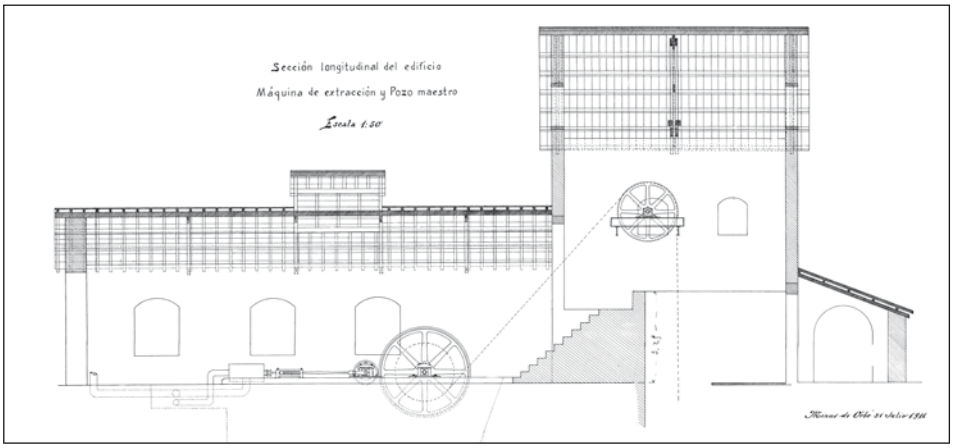
Este pozo maestro de caña cuadrada fue creado por Esperanza de Reinosa en 1874, con una profundidad inicial de 113 metros. De sus calderas partía el canal subterráneo diseñado por Mariano Zuaznávar y que, tras un recorrido de 1.775 metros, conducía el carbón hasta las proximidades de la estación de Cillamayor. En 1901 se profundizó el pozo 50 metros, hasta el primer piso, además de renovarse las máquinas de extracción y las calderas para su funcionamiento. A continuación, la apertura de un transversal permitió acceder a nuevos campos de labor.

Imagen exterior del pozo Rafael tras las reformas realizadas por Carbonera Española en 1916 (Eugenio Cagigal).









Fachada principal, fachada norte y sección longitudinal del pozo Rafael según el proyecto elaborado en 1911 por Carbonera Española para su reforma.

Poco después el pozo ampliaría su profundidad y sus niveles de explotación: en 1907 se llega al segundo piso y un año después se refortifica la caña y se llega al tercer piso, a 349,79 metros. La empresa realiza además un nuevo transversal y amplía el del segundo piso. Todas estas obras, aunque todavía no se había formalizado la compra de las minas por parte de Carbonera Española, son supervisadas por los ingenieros del Marqués de Comillas que, al menos desde 1904, visitan las explotaciones de Vallejo. En 1909, al consumarse el cambio de propietarios, el pozo es modernizado y dotado de martillos neumáticos y de una nueva máquina de extracción.

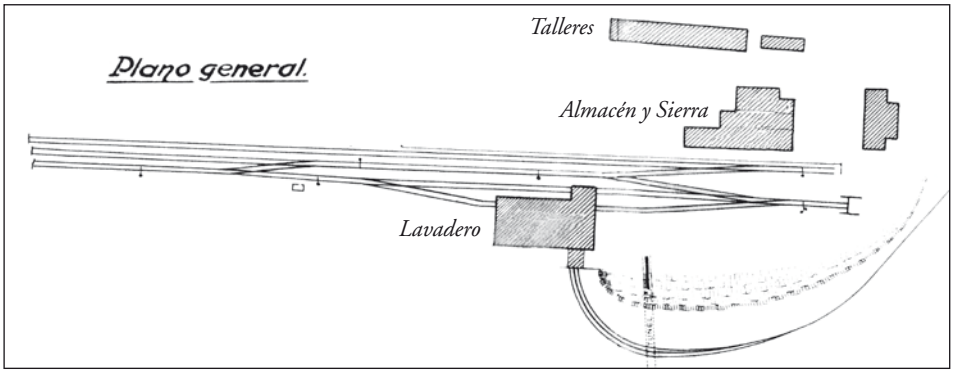
Las mejoras continúan durante los años siguientes. La sala de máquinas y el exterior del pozo Rafael son renovados por completo de acuerdo a un proyecto firmado el 31 de julio de 1911. Las poleas, ligeramente elevadas, se sujetan sobre una fábrica de obra en forma de torreta cerrada con tejado a dos aguas. La máquina de extracción se coloca bajo una nave longitudinal, también con tejado a dos aguas y a la que se accede por un gran portón emplazado en el lado sur. Otros edificios situados en sentido perpendicular debieron albergar funciones complementarias y la primitiva central térmica.

En 1916 tiene lugar una ampliación de todas las edificaciones vinculadas al pozo, ya que unas graves inundaciones ocurridas en 1914 y 1916 obligan a montar nuevas bombas y a mejorar muchos de los servicios. La nave de la sala de máquinas es ampliada y la fachada queda dividida en tres tramos coronados en media esfera. Al lado oeste, en paralelo, es construida otra nave en el mismo estilo, y detrás de ellas nuevos edificios. También en 1916 es electrificado el transporte por la galería del canal, sustituyendo a la tracción animal.

Entre 1926 y 1928 volverá a reprofundizarse el pozo Rafael. Un nuevo contrapozo y dos nuevos niveles (el cuarto y el quinto) harán que la explotación alcance su cota definitiva de 430 metros de profundidad.

Lavadero, taller, almacén y sierra

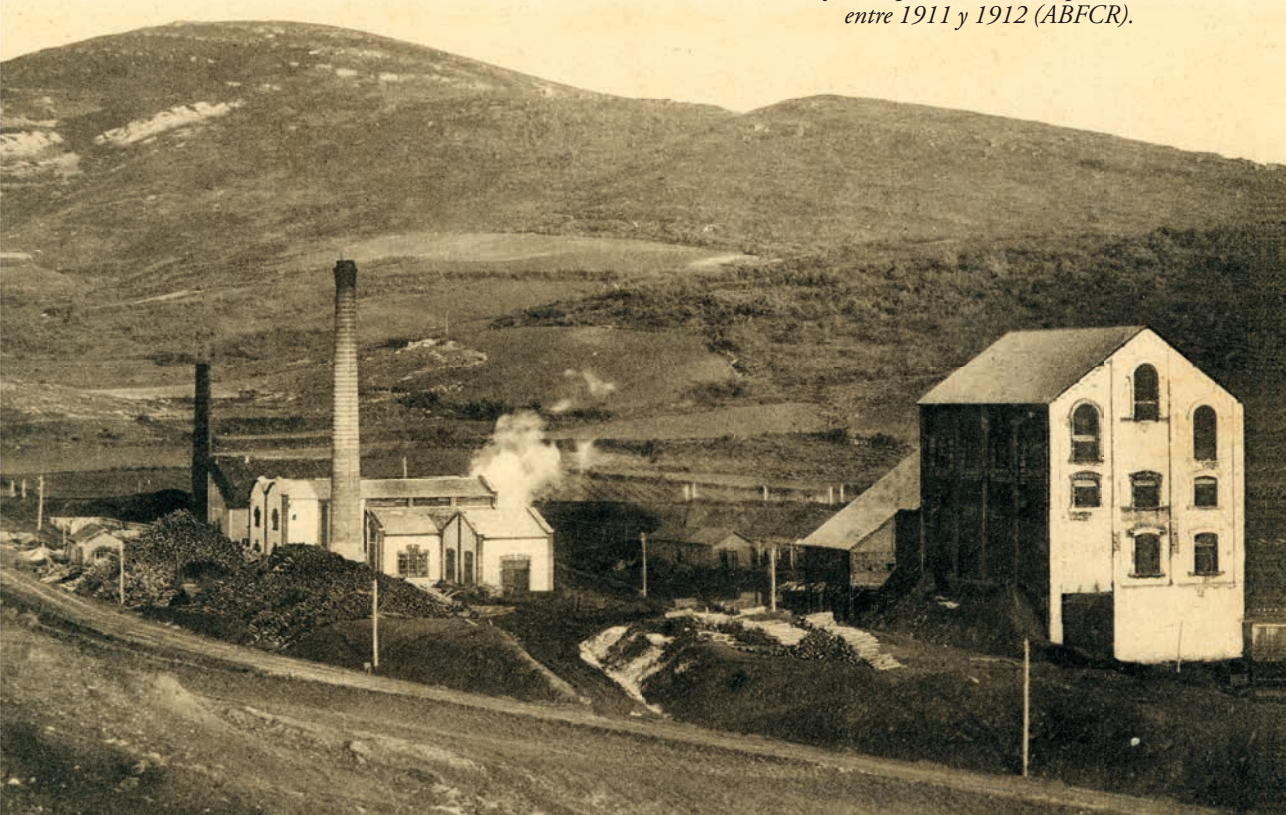
Tras la construcción del canal, Esperanza de Reinosa situó los edificios de transformación del carbón en la zona donde las barcas concluían su recorrido y descargaban la producción del pozo Rafael, evitando así gran parte del trayecto que iba desde la mina a la estación de ferrocarril. Carbonera Española, empleando un sistema de transporte por vía férrea, continuó sacando el carbón por esa misma galería. A poca distancia de allí, la empresa levantó entre 1911 y 1912 un moderno lavadero y varias naves destinadas a albergar los talleres, un almacén y una sierra, edificios caracterizados por un estilo arquitectónico



Plano del complejo industrial creado por Carbonera Española junto al lavadero.

similar al que mostraba el pozo Rafael tras su segunda ampliación. El lavadero es una enorme nave rectangular con tejado a dos aguas, con una planta baja de gran altura y con otros cuatro pisos con ventanas. En dirección norte, el lavadero presenta una gran nave con un tejado de fuerte caída. Una vía de ancho de norte comunica el corto espacio que separa el lavadero de la estación de Cillamayor, en la línea Barruelo-Quintanilla.

Lavadero, taller, almacén y sierra edificados por Carbonera Española entre 1911 y 1912 (ABFCR).



Casa del ingeniero

Junto a la casa del cura, Carbonera construyó en el mismo periodo otra vivienda de características muy similares que fue ocupada por el ingeniero de las minas. Aunque en los planos originales cuesta diferenciar los dos edificios por su gran parecido, con el paso del tiempo cada uno de ellos evolucionó de manera diferente. Así, la casa del cura se conserva en la actualidad sin grandes variaciones respecto a la construcción inicial. Por el contrario, la del ingeniero sufrió sucesivas reformas hasta desaparecer por completo. Hoy, sobre el solar en el que antes se encontraba se asienta una vivienda de moderna construcción.

Casa del médico

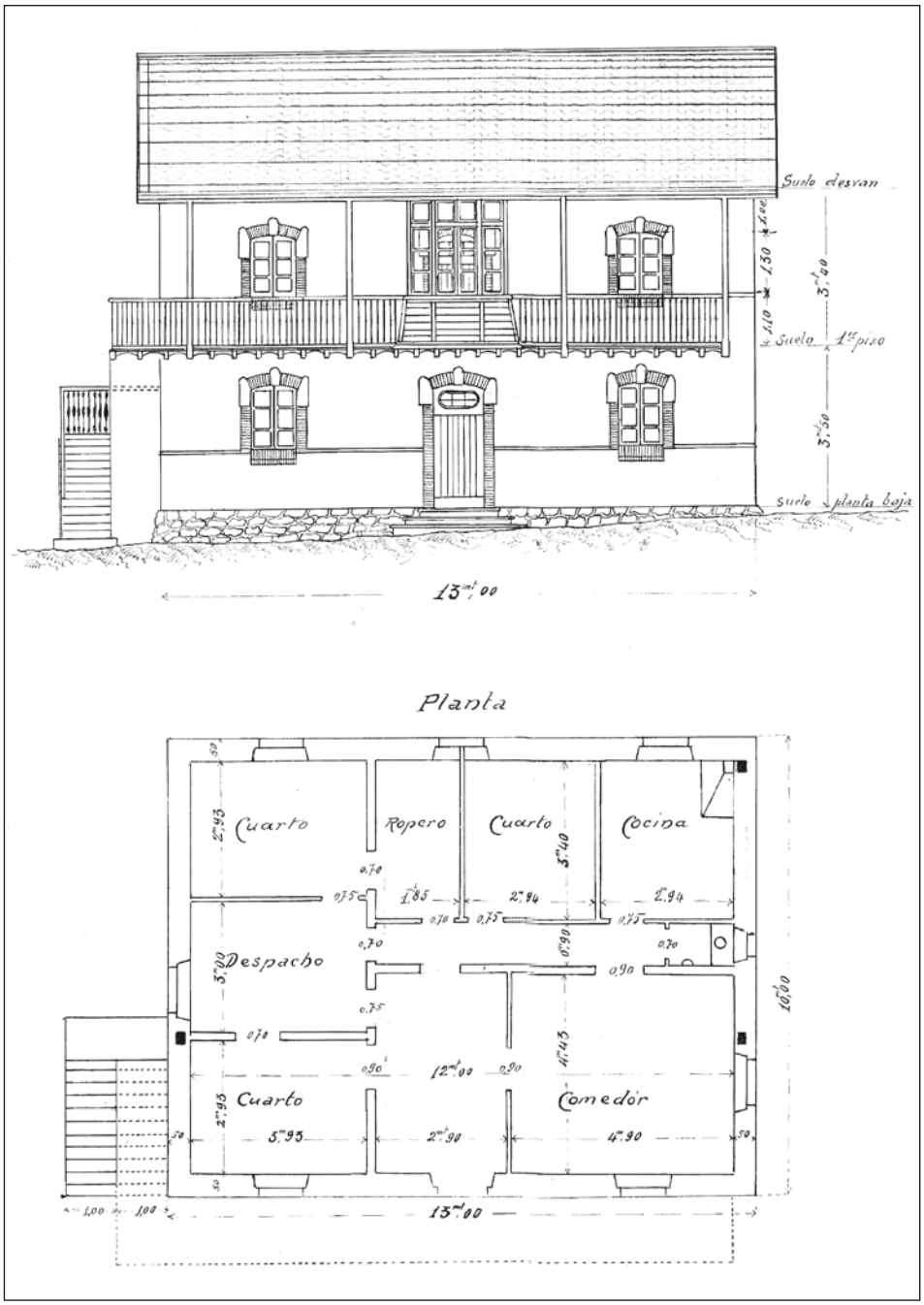
Otro edificio para empleados estaba situado junto a la carretera, encima de las oficinas y frente al Portalón. Fue popularmente conocido como *"la casa del médico"*, ya que allí vivieron al menos tres de los doctores de la colonia: Luis Ortiz, Joaquín Brita-Paja y un tercero llamado Julio. El edificio contaba con una segunda vivienda en la que acabó residiendo la maestra Virginia Calvo. Construcción de gran tamaño, contaba con dos plantas y un balcón desde el que se divisa la carretera general.

Casa del señor Blanco

A comienzos de los años veinte, ya finalizada la mayoría de las obras de la colonia, Carbonera construyó otro edificio de dos viviendas para sus empleados en la parte más baja del asentamiento, frente al cuartel de la Guardia Civil. Su traza, diferente a la de los inmuebles anteriores, se concretó en dos casas independientes de dos pisos unidas por una pared. No hay datos exactos sobre la fecha de su construcción, aunque en los planos de los años treinta ya aparecen como residencias de la empresa.

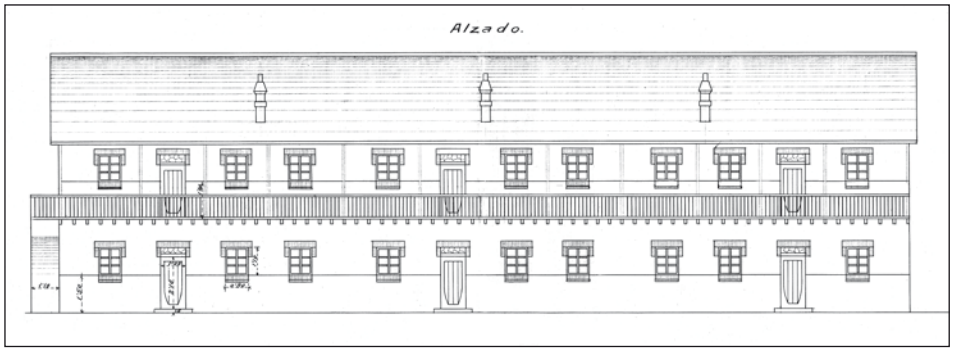
Viviendas para mineros y obreros

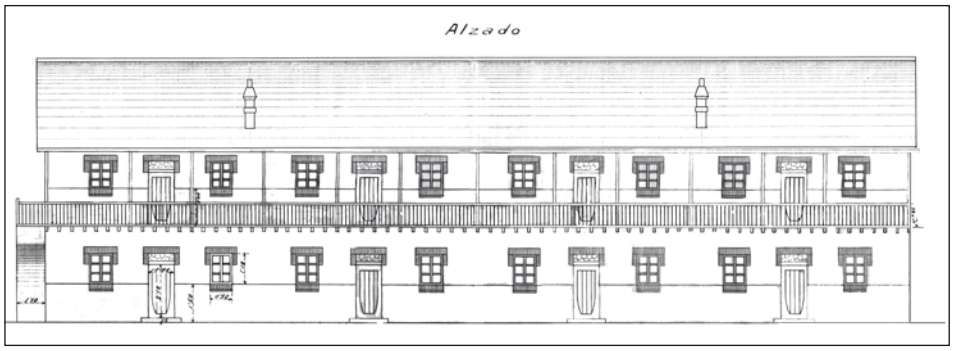
Un número no menor de mineros siguió viviendo en los viejos cuarteles construidos tiempo atrás por Esperanza de Reinosa. Caracterizados por sus pésimas condiciones generales, los cuarteles de San Rafael y San Ignacio contaban con tan solo una cocina y un dormitorio por familia, al tiempo que los de San Francisco apenas mejoraban a los anteriores gracias a su segundo dormitorio. Esas deficiencias también estaban presentes en algunos



Planos de 1910 de la fachada y la planta baja de la vivienda ocupada por el ingeniero de minas, un edificio desaparecido en la actualidad.

de los edificios que Carbonera Española reutilizó como vivienda, como los cuarteles de Las Fraguas o la casa Zabaleta. En contraste con esos conjuntos más antiguos, las nuevas construcciones creadas por la empresa presentaron un espacio mayor y mejores condiciones higiénicas.





Las primeras viviendas construidas por Carbonera Española para los mineros fueron los denominados cuarteles, bloques de dos alturas con capacidad para seis y ocho familias, como se aprecia en los dibujos incluidos en los planos para su construcción.

Cuarteles de dos plantas

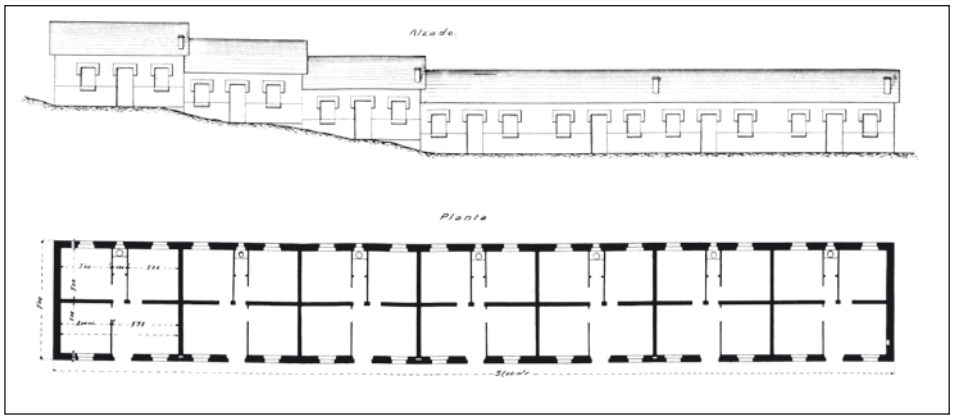
Carbonera construyó cinco edificios de este tipo en la zona oeste de la colonia, tres de ellos con capacidad para ocho familias (cuatro en cada piso) y otros dos con seis viviendas (tres en cada altura). Sus planos aparecen firmados en Barcelona el 22 de junio de 1910, por lo que fueron las primeras residencias levantadas por la empresa para los mineros. Los cinco bloques, de idénticas dimensiones, tenían una planta de 33,46 metros de largo por 8,40 metros de ancho, sin contar la escalera exterior por la que se accedía a la balconada del segundo piso. Su altura era de 10,10 metros. En los cuarteles con ocho viviendas, cada una de las casas medía 7,90 por 8,40 metros y contaba con tres habitaciones, una cocina y un pequeño servicio. Por su parte, los cuarteles para seis familias tenían unas dimensiones mayores de 10,61 por 8,40 metros y sumaban seis estancias, además del servicio. Como es fácil adivinar, estas últimas residencias eran muy apreciadas, siendo asignadas por la empresa a los mineros mejor considerados. Los cuarteles fueron edificados con materiales como ladrillo caravista y piedra caliza. Delante de ellos y de forma pareada, Carbonera levantó unos pequeños cubiles que fueron utilizados por los obreros para guardar la leña o criar algunos animales.

Viviendas adosadas de una planta

Según los planos de la colonia, Carbonera proyectó construir ocho bloques de viviendas adosadas de una sola planta, aunque dos de ellos no se materializaron finalmente. Con el paso del tiempo, los habitantes de Vallejo fueron dando un nombre a cada uno de esos bloques, una denominación que ahora recogemos para su descripción:

Cuarteles del juego de pelota

De acuerdo a un plano de julio de 1916, fueron construidas siete viviendas que, partiendo de la trasera del cine, llegaban hasta la trasera del Portalón. Para salvar el fuerte desnivel que presentaba el terreno se decidió que las cuatro primeras casas estuviesen a un mismo nivel y las tres últimas adoptaran una disposición escalonada. El bloque en su conjunto medía 51 metros de largo por siete de ancho, con unas dimensiones por vivienda de 7 por 6,93 metros. En cada uno de los hogares había cuatro estancias y una pequeña dependencia para el retrete. La fachada principal, orientada al este, contaba con dos ventanas y la puerta de



Planos de las viviendas adosadas conocidas como cuarteles del juego de pelota, proyectados en 1916. Como puede verse, tres de las casas tuvieron que colocarse en posición escalonada para salvar el desnivel del terreno.

acceso, mientras que en la cara oeste había otras dos ventanas y un ventanuco. Con pequeñas variaciones, este mismo diseño será repetido por Carbonera Española en el resto de adosados.

Cuarteles transversales del valle

Bloque de viviendas que cerraba la colonia por su lado oeste. Como en esta zona el desnivel es más continuo, todas las construcciones unifamiliares aparecen dispuestas de forma escalonada. Al contar con un poco más de espacio en

Cuarteles transversales del valle, otro de los conjuntos de viviendas adosadas de una planta que la empresa minera edificó para sus trabajadores (Monografía de la Colonia Obrera...).

sus inmediaciones fueron también dotados de cubiles para la leña y la cría de pequeños animales.

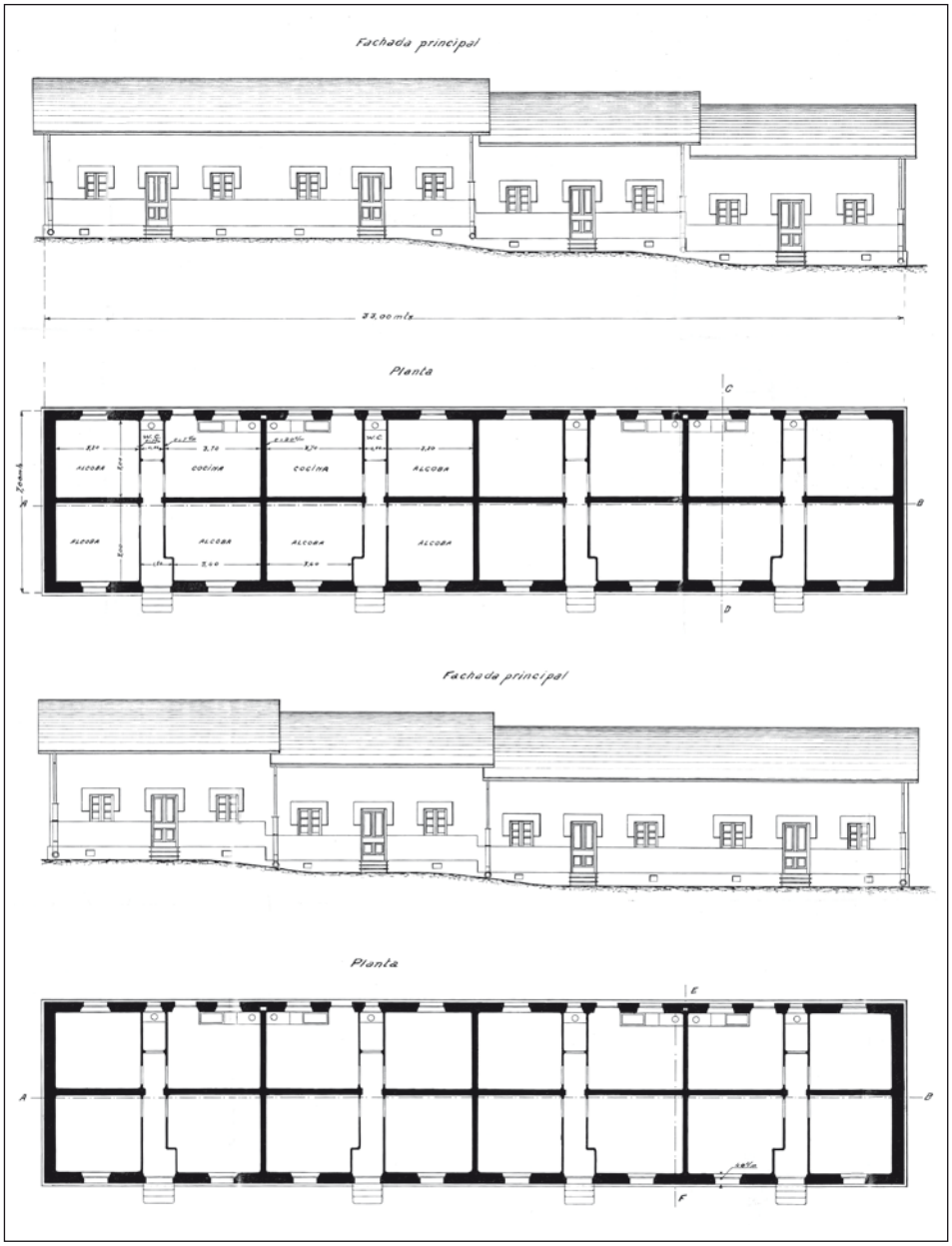


Imagen de las viviendas adosadas de una altura construidas en la carretera de Barruelo, al norte de la colonia. Cada una de las casas tenía un espacio útil de 6,76 por 6 metros.

Foto de grupo a la salida del pozo Rafael, en la que se encuentran el guardia jurado Natalio, el primero por la izquierda, y Gregorio Díez Medrano, al fondo, el más alto y con gorra.

Teódulo Morrondo Domínguez, a la izquierda, y el picador Máximo Fernández en el pozo Rafael.

Jesús Torres y Ángel Blanco, con la torre de extracción y las instalaciones del pozo Rafael al fondo.

Grupo de mineros fotografiados a mediados de los años sesenta delante del altar que se montaba en la plaza de la bocamina de San Ignacio el día de Santa Bárbara. Los jóvenes que aparecen en la imagen son Luis Villacorta, Gelín, Estebinas, Nisito, Chucho y Zalo Torres.

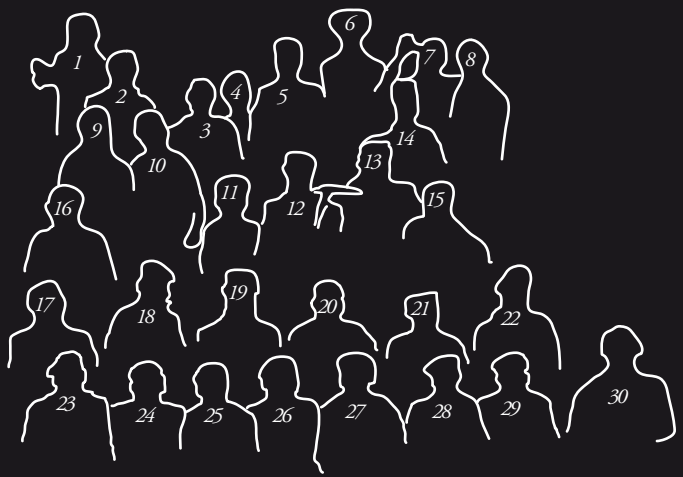
Un grupo de mineros, entre los que se encuentra Emilio Gutiérrez Pérez 'Duchi', en la zona del canal en 1966.

Imagen tomada en los edificios del canal en los años cincuenta. Delante de uno de los 'troler' de la mina están, entre otros, Antonio Aguado y el señor Simproniano, que reparaba en su pequeño taller las bicicletas de Vallejo.

Cuatro mineros de Vallejo fotografiados en un momento de descanso en la zona de la escombrera del lavadero del canal.

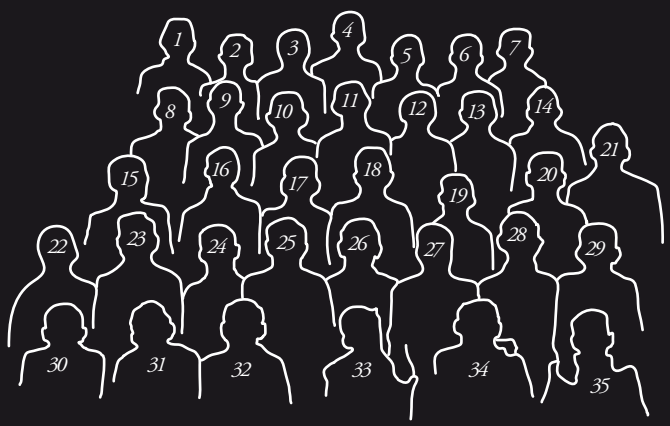
Grupo de mineros en el pozo Peragido, en una imagen que posiblemente fue realizada el día de su inauguración, a finales de 1945.

1-Mariano Martín
2-Darío (Brañosera)
3-Pedro Díez Díez
4-Emilio Rodríguez
5-Eloy Meabe
6-
7-Pantaleón del Río
8-Antonio Barrutia
9-Manuel Salazar
10-Luis Gutiérrez Pérez
11-Jesús Ortega Gutiérrez
12-Ángel Iglesias Abad
13-Pedro del Barrio
14-
15-
16-Bonifacio Martín Ortiz
17-Pereiro
18-Eduardo Canedo
19-Ramón Rey
20-José Menéndez
21-Maximino Montes García
22-
23-
24-Antonio Aguado
25-Francisco Rodríguez
26-Rafael Santos
27-Santiago
28-
29-
30-Cimadevilla



Niños nacidos entre 1948 y 1950 fotografiados en el colegio público con la maestra Angelines Andrés Palomino. Algunos de los alumnos son Petra Mata, Francisca Iglesias, Carmen Formeiro, Isabel Álvarez, Gerardo Bartolomé, Carmelo Santos y Raúl Reguera.

Grupo de párvulos con la señorita Sevi a finales de los años cincuenta. La imagen fue tomada frente a las escuelas, con los cuarteles de dos pisos al fondo. Entre los pequeños se encuentran Tino, Gelita, Nardito, Carlos Alberto, Barbarita, Jorgito, Mari Carmen, Higelmo, Aurori, Toñines, Guillermo Ruiz, Mari Reyes, Canquín, Terines, Argi y Mari Cruz.

Alumnos de 2º del curso 1957-58, integrado por niños nacidos entre 1946 y 1948.

1-Daniel Lamela
2-Modesto Emperador
3-Jesús Formeiro
4-Antonio Formeiro
5-Félix Martín Arcera
6-César
7-Adauto
8-Román Cortés
9-Isaac
10-Orlando Aguado
11-Miguel Ángel Llana
12-Serafín Pedrosa
13-Francisco García
14-José Zulaica
15-Jesús Torres
16-Avelino Olea
17-Herminio Gutiérrez
18-Eleuterio Gutiérrez
19-José Cantero Castrillo
20-Federico Leal
21-Julián Herrero
22-
23-Basilio
24-Manuel
25-Juan Ignacio Pérez
26-Ignacio Llana
27-Eduardo Bartolomé
28-Aparicio
29-Gustavo Cabeza
30-José Suances
31-Carlos Torices
32-Luis María Villelas
33-Manuel Leal
34-
35-Alfredo